
ESPACIO
El mundo FUTURO
UN MUNDO MUERTO
RED ARTHUR

UN MUNDO MUERTO

COLECCIÓN

ESPACIO

Un mundo muerto

por

Red Arthur

o-0-o

EDICIONES TORAY, S. A

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS

EN LOS ESTADOS UNID0S DE NORTE AMERICA

Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y

Box 266

MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

Dep6sito legal B. 6479 - 1958

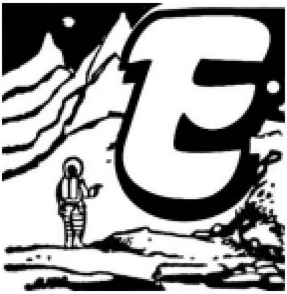
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso Por Ediciones Toray, S. A. - T. Llorente, 13-Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



L tremendo silbido dominaba a cualquier ruido que pudiera producirse sobre la gigantesca plataforma del «Saginaw». El «mozo de pista» consultó su cronómetro y dirigió su mirada a los cinco L-120 de despegue vertical alineados entre el «tendedor». A una señal de la mano del mozo les birreactores aumentaron la fuerza de sus motores. Cuantos contemplaban el despegue de los aviones protegieron sus oídos del infernal estruendo.

Una nueva señal.

Los L-120 despegaron ordenadamente. Ascendieron lenta y majestuosamente primero para, poco después, elevarse corno exhalaciones.

A poco más de mil metros enderezaron el vuelo, dirigiendo sus agudas proas hacia la costa. A medida que se aproximaban a ella fueron reduciendo la altura. Los primeros rayos solares prestaron mayor belleza al color bermellón de los aviones y arrancaron destellos

a las seis bombas de «Napalm» adosadas a las cortas alas.

De pronto, por babor, apareció la grandiosa Estación Experimental de Cabo Cañaveral.

Tommy Langley obligó a su avión a desviarse ligeramente de la ruta y tras él fue el resto de la escuadrilla. Comunicó a sus hombres:

—¿Todo bien?

Por turno fueron respondiendo. El último, Job Carlyle, parecía tener alguna leve dificultad en el vuelo.

—Tengo la sensación de que toda la sangre se me sube a la cabeza — informó—. Y el regulador de presión no tiene nada que ver en esto. Espero que se me pase pronto. Corto.

Langley miró en dirección al lugar que debía ocupar Carlyle. Volaba por delante de la formación. No era fácil verle dada la velocidad.

Langley volvió a utilizar la radio.

—No puedo asegurarlo, pero creo que vuelas invertido. Debes haber dado la vuelta cuando aceleraste. Y reduce la velocidad, que no vamos a Alaska.

Poco más tarde recibía nueva comunicación de Carlyle.

—Es cierto; volaba invertido. Aún no he asimilado el cuadro de mandos y tengo que dedicarle toda mi atención. Si los diseñadores de la Armada no cesan de cambiar continuamente de modelos vamos a tener que estar toda la vida aprendiendo a volar.Oye, ¿puedes decirme qué es lo que estamos haciendo?

—Está bien claro: patrullar. Hemos de evitar que nadie vuele por la zona prohibida. Los «marines» están por ahí abajo husmeando como sabuesos. Por lo visto, los de Cañaveral tienen trabajo hoy. Y nosotros hemos de impedir que nadie les moleste. Corto.

—¿Qué será hoy? ¿Otro satélite? No sé si alguna vez enviarán alguna astronave a la Luna, pero a este paso, cuando lo hagan, no podrán pasar a través de esa cortina de artefactos.

—No te calientes los cascos.

Los L-120 siguieron su vuelo de patrulla. Dando una amplia vuelta volvieron al mar. Iban tan bajos que las olas parecían saltar para

alcanzarlos.

Nuevamente se internaron en tierra firme. Pasaron casi por sobre la Gran Estación Experimental. Otra escuadrilla de L-120 venía en dirección contraria.

—Aquí termina nuestra zona — pensó Langley, variando el rumbo de su aparato.

En aquel momento llegó una señal de radio procedente del «Saginaw».

—¡Atención! Mensaje a todas las escuadrillas. Abandonen las proximidades del sector Z.

El sector Z lo constituía el emplazamiento de Cabo Cañaveral. El mensaje fue captado por todos los componentes de la escuadrilla, que se alejó rumbo al mar.

Pronto vislumbraron al «Saginaw». El aterrizaje se realizó en vertical. Los L-120 descendían vacilantes, utilizando- sus motores como freno. Parecían flotar sobre la cubierta, próximos al «tendedor», grueso cable de acero tensado entre dos torres metálicas.

Los mecánicos guiaban a los pilotos. Cuando el avión estaba convenientemente cerca del cable para que el gancho metálicode que iba provisto se prendiera en él, el piloto paraba los motores y el aparato quedaba colgado a escasa distancia de la plataforma metálica.

Inmediatamente los mecánicos ponían bajo el un trasportín automóvil, que era el encargado de llevar alL-120hasta el ascensor que lo conducía a las bodegas.

Langley se despojaba del traje especial de vuelo cuando sobrevino una formidable explosión de cabo Cañaveral.

Cuantos había en la cubierta del «Saginaw» pudieron ver el gigantesco proyectil que se elevaba nacía el cielo, dejando tras de sí abundantes gases, producto de la violenta combustión que se realizaba en sus motores.

Ascendía casi lentamente al principio. De súbito pareció perder su pereza. A velocidad fantástica se lanzó en busca del infinito. En fracciones de segundo dejó de ser visible.

—Parece ser que los de Cañaveral han terminado su trabajo de hoy — dijo Carlyle detrás del absorto Langley.

Éste se encogió de hombros.

* * *

Pero en Cabo Cañaveral no habían concluido su trabajo, como Carlyle dijera. Más bien el verdadero trabajo comenzaba entonces.

La prensa y radio de los Estados Unidos se refirieron sin gran entusiasmo al lanzamiento del cohete. Era uno de los muchos ensayos que desde el año 1957, en que Rusia lanzó su primer «Sputnik», se venían realizando. Entonces se dio por descontado que el viaje interplanetario era un hecho, perocasi cuarenta años habían transcurrido sin que el hombre hubiera logrado viajar a través del Cosmos.

El ciudadano medio ni siquiera comentó la noticia. No obstante, el lanzamiento tenía importancia vital. Tanta, quizá, como indiferencia mostró el público por la noticia.

Desde el primer momento del lanzamiento todos los observatorios astronómicos federales quedaron pendientes de la marcha del cohete, y, tras ellos, la Armada, el Ejército y el Gobierno mismo. Esto venía a demostrar la importancia del proyectil, pero también es cierto que el ciudadano medio lo ignoraba. Y por esta poderosa razón el ciudadano permaneció en su indiferencia.

Y mientras tanto el proyectil proseguía su marcha.

Seis días después del disparo de éste, dos pilotos de una línea comercial de transportes aéreos recibían el mayor susto de su vida.

A la sazón volaban sobre el mar, teniendo por frente los perfiles de la costa californiana. Estaban a punto de rendir viaje, que no había sido demasiado tranquilo, cuando el copiloto llamó la atención de su compañero.

— ¡Mira! ¡Allá arriba!

Un extraño objeto, arrojando lenguas de fuego y gases, parecía venir al encuentro del avión. Su terrible velocidad intimidó a ambos pilotos.

—¿Qué es eso?

—No lo sé, pero va a chocar con nosotros.

El avión comercial resbaló sobre un ala y comenzó a perder altura. Más no era mucha la que llevaba y pronto hubo de recuperar la

horizontal, a sólo un centenar de metros sobre las olas.

El desconcertante artefacto proseguía su vertiginoso descenso, pareciendo inevitable el encuentro.

El piloto concedió a sus motores la totalidad depaso del gas, con lo que aumentó la velocidad. Pero con todo parecía que el objeto les perseguía.

Un prolongado trueno llegó hasta el interior de la cabina. Procedía del artefacto, que se envolvió en una tremenda nube de gases, alcanzando mayor longitud los chorros de llamas que brotaban de varias toberas. Después del trueno su velocidad decreció sensiblemente. Ambos pilotos pudieron ver que se trataba de un objeto fusiforme muy semejante a un proyectil teledirigido. El avión lo había rebasado ya y con ello desaparecía el peligro de la horrible catástrofe. Sin embargo, sus ocupantes no podían sustraerse a la sugestiva contemplación de la marcha del proyectil, muy próximo a las aguas, teniendo en cuenta la vertiginosa velocidad a que el objeto se desplazaba.

A la caída acompañaba un penetrante silbido, que hacía vibrar la cabina del avión mercante. Se sucedieron nuevos truenos, cada uno de los cuales poseían la virtud de disminuir sensiblemente la velocidad del cohete, pero era fácilmente previsible que, quienquiera que fuese su tripulante, no podrían evitar que el proyectil se sumergiese, si no se destrozaba en el impacto, a varios kilómetros de profundidad, desde los que quizá no volviese jamás a la superficie.

Más de pronto hubo un formidable estallido.Y ante la estupefacción de los dos pilotos el proyectil disparó hacia arriba un cuerpo esférico que, dada 1a terrible fuerza de la inercia, apenas alcanzó altura.

Segundos después, y coincidiendo, el proyectil se estrelló en el mar, levantando un gigantesco surtidor, al tiempo que de la pequeña esfera brotaron dos grandes paracaídas. La esfera, entonces, comenzó a descender majestuosamente.

El avión comercial se había alejado ya bastante,pero ante esta sucesión de los hechos viró en redondo y voló en línea recta hacia los paracaídas.

—¿Quién crees que irá dentro de esa pelota, Sam?— preguntó el copiloto a su amigo.

—¿Y cómo quieres tú que lo sepa? Lo que parece evidente es que

alguien de los que viajaban en ese proyectil ha logrado salvarse del choque contra el mar. Lo que no sabemos es si podrá escapar de esa ratonera.

—¿Qué podemos hacer?

—En primer lugar esperar a ver si logra salir de ese globo metálico quien lo ocupe. En tal caso les lanzaremos nuestro bote neumático. Luego transmitiremos por radio su situación.

El avión comenzó a volar en torno a la esfera suspendida por los paracaídas.

Algún tiempo después se posaba sobre las aguas, flotando suavemente sobre ellas. Luego no sucedió nada de lo que los pilotos habían esperado. Ningún ser vivo parecía habitar en el interior de la esfera. Aún siguieron volando durante algún tiempo alrededor de ella, hasta convencerse de que no se iba al fondo.

—Bien, no podemos permanecer aquí todo el tiempo — comentó Sam. Pongamos proa a la costa y enviemos un mensaje para las estaciones navales.

Efectivamente, el avión se alejó de aquellas latitudes. Pero no llevaban mucho tiempo en su nueva ruta cuando por debajo de ellos apareció la esbelta silueta de un destructor de la Armada de los Estados Unidos.

— ¡Eh, Collins! Ahí tienes a ese barco. Trata de comunicar con ellos.

* * *

A bordo del destructor «J-2», el operador de la T.S.H. volvió su mirada hacia el transmisor. El mensaje grabado en la cinta del teletipo era sumamente extenso. Fue cortándolo a trozos y pegándolo en un papel. Concluida esta labor tomó a suvez la palanca del transmisor y emitió: «Recibido mensaje. Gracias.»

Hizo una seña al marinero que, sentado en una silla, leía una revista.

—Para el comandante — le dijo.

Más tarde el mensaje estaba en poder de su destinatario. El

comandante pasó la hoja de papel a su segundo.

—Ése es el nuevo rumbo. A toda máquina.

El comandante abandonó el puente y pasó a la cabina del radar.

—¿Alguna novedad? — preguntó.

—Hemos detectado el paso de un avión, señor—le respondieron.

—Estén alerta. Estamos a pocas millas de nuestro objetivo. Estaré en el puente de mando.

El destructor dejó tras de sí una larga estela al virar en más de veinte grados su rumbo.

Sus altas chimeneas dejaron escapar gran cantidad de humo y su rotundo tajamar hendió las aguas, avanzando sobre ellas con la elegancia de un delfín.

Al fin llegó un comunicado. El radar había localizado un cuerpo extraño.

El comandante del «J-2» escrutaba la superficie del mar con la ayuda de sus prismáticos.

—Allí está — exclamó.

Las máquinas redujeron su fuerza y el destructor fue aminorando su velocidad hasta detenerse a pocos metros de la esfera flotante. Dos botes fueron arriados en pocos segundos. Y no mucho tiempo después llegaban a la esfera.

En la parte superior podía verse una escotillacerrada herméticamente. Un marinero saltó hasta la esfera de casi cuatro metros de diámetro y con destreza que hacía suponer un adiestramiento anterior, abrió la escotilla y se introdujo por ella casi totalmente. Cuándo volvió a incorporarse sujetaba entre sus brazos el cuerpo de un hombre vestido con un pesado y complicado traje de vuelo. El ocupante del artefacto esférico no estaba desvanecido, pero sí desfallecido.

Con la ayuda del marinero logró encaramarse a la parte externa de su metálica prisión, pero fue necesaria la ayuda de los otros marineros de la chalupa más próxima para evitar que cayera al mar.

El bote se alejó en dirección al destructor, mientras los ocupantes del otro se entregaban a la labor de trabar la esfera con cables,

mediante los cuales sería izada a bordo.

Siempre con la ayuda de los marineros, el piloto logró llegar hasta la cubierta y sonreír a la dotación, que lanzó varios ¡hurras! Estrechó la mano del comandante y rápidamente fue depositado sobre una camilla en la que le llevaron hasta la enfermería del barco.

Allí fue sometido a un riguroso reconocimiento por parte del doctor L. Maston y el teniente médico titular del «J-2».

El piloto, notablemente recuperado, dejó hacer a los galenos. Concluido el examen, el doctor Maston le administró un inyectable.

—Debemos felicitarnos — dijo después—. Su organismo no se ha visto alterado en lo más mínimo, mayor Aguirre. Ahora debe descansar algunas horas. Llegado el momento hará su información. De momento no debe hacer otra cosa sino relajarse y dormir cuanto le sea posible, sin pensar en nada… si puede.

—Pero ¿no voy a comer nada, doctor? Tengo verdadero apetito y estoy asqueado de las raciones sintéticas de estos cinco días.

—Lo siento. Comerá cuando haya descansado varias horas.

—El hambre me impedirá dormir.

—Admito una apuesta a que no. Le he administrado un sedante capaz de dormir a un megaterio adulto.

El mayor Aguirre bostezó ruidosamente y se resignó.

Mientras tanto, en el barco se procedía a izar la esfera. Este trabajo duró más de veinte minutos. Después, el «J-2» viró en redondo, poniendo proa a la base naval de San Diego, a donde llegaría aproximadamente diez horas más tarde.

Ahora podría haber dicho el piloto Carlyle que Cabo Cañaveral había finalizado su trabajo. Pero, con todo, no hubiera acertado plenamente; se había llegado al final de la primera etapa y con resultado bastante satisfactorio.

Durante casi una semana el último proyectil lanzado desde Cabo Cañaveral había abandonado la atmósfera terrestre, vencida la fuerza de la gravedad y vuelto de nuevo a ésta, después de haber recorrido varias veces el espacio que dista hasta la Luna. Esto en sí no era nada extraordinario.

La verdadera importancia del experimento era que el proyectil

transportaba a un ser humano como conejo de indias. Y lo realmente trascendental era que el ser humano había regresado sano y salvo a la Tierra.

La sorprendente noticia necesariamente habría de ser acogida con júbilo en el Departamento de Marina.

El «J-2» enfiló la grandiosa bahía de San Diego, desviando ligeramente su ruta para dirigirse al muelle militar. La maniobra era nada fácil y tendríanecesidad de consumir bastante tiempo antes de poder atracar.

Su elegante silueta pareció achicarse cuando pasó frente al poderoso «Libertad», tremendo superacorazado de propulsión nuclear.

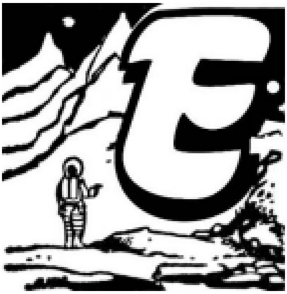
El «J-2» logró al fin hallar su malecón. Se dispuso para el atraque.

En el puente sonó el silbato del primer oficial. La disciplinada dotación pareció brotar como por encanto, ejecutando las maniobras pertinentes con maravillosa sincronización.

Nadie esperaba en el muelle, casi desierto. Ni siquiera la gran esfera, que bien hubiera podido pasar por un batiscafo, llamó la atención de los curiosos. Quedó tendida la pasarela, pero nadie parecía dispuesto a utilizarla, únicamente el centinela armado daba la impresión de haberla visto.

Una hora más tarde un automóvil oficial se detenía frente a la pasarela del «J-2».

CAPÍTULO II



L mayor Aguirre anunció su despertar con un sonoro bostezo. La luz solar que penetraba por el ojo de buey le daba de lleno en el rostro. Parpadeó varias veces antes de poder abrir los ojos. Aun antes de poder ver presintió la presencia en el camarote del doctor Maston. En efecto, su conocida voz llegó hasta él:

—¿Totalmente recuperado?

Carlos Aguirre distendió perezosamente ambosbrazos y abombó con voluptuosidad el potente tórax. Luego respondió:

—Sí, parezco un hombre nuevo. No experimento la menor fatiga. ¿Cuánto tiempo he permanecido durmiendo?

—Un día entero.

—No es posible — exclamó el mayor Aguirre.

—El doctor Cronin, aquí presente, puede dar fe de ello —replicó Maston—. ¿Miento, doctor Cronin?

El médico del «J-2» movió la cabeza negativamente.

—Es cierto.

—Me cuesta creerles.

Carlos Aguirre, primogénito de una importante familia de Monterrey, descendientes de los conquistadores españoles, comandante piloto de las Fuerzas Aéreas de la Armada, paseó su mirada por el pequeño camarote. Vagamente recordaba haberse dormido en la enfermería.

—Esto resulta algo más confortable que mi cabina del proyectil — comentó —.¿Qué hay de la comida que me ofreció ayer?

—Continúo manteniendo mi oferta — repuso sonriente Maston. — Apenas se haya dado una buena ducha haré que le sirvan el almuerzo aquí mismo. Vea; sobre aquella silla está su uniforme y aquellos

objetos de su uso personal que creo que le serán precisos.

Carlos Aguirre restregó su barba de varios días con el dorso de la mano.

—¿También mi estupenda maquinilla eléctrica de afeitar?

—Supongo que se hallará dentro de su maletín de viaje.

El doctor Maston encendió un cigarrillo mientras el piloto abandonaba el camarote en busca de laducha. Minutos más tarde regresó frotándose vigorosamente con la toalla.

—He observado que el barco no se mueve. ¿Estamos en San Diego? — preguntó.

Maston respondió afirmativamente con la cabeza.

—Desde hace varias horas.

—¿Cuál es la razón por la que aún permanecemos aquí?

—He decidido que la Comisión dictaminadora vea en usted un hombre completamente normal. No quise que advirtieran en su rostro la menor huella de fatiga. Hemos de demostrarles que el viaje a través del espacio es una realidad. Ya conoce usted la oposición que muestra cierto sector del Gobierno respecto a los viajes interestelares. Quiero lograr el triunfo para nuestra causa con sólo una batalla. Uno de esos destacados oponentes estuvo ayer aquí.

—¿Quién?

—El vicealmirante Costigan.

—Ese aguafiestas...

—Le destacaron desde Washington apenas supieron la noticia de que le habíamos hallado a usted en el océano. Parece que hay más escépticos de los que suponemos. Han enviado al más incrédulo de todos, quizá para convencerse más del éxito. No consintió en marcharse hasta que le vio a usted. De todos modos pareció sorprendido de su magnífico estado, ya que no es aventurado suponer que esperaba encontrar aquí una piltrafa humana en vez del hombre fuerte que dormía en esa litera. Y debo agradecerle los tres sonoros ronquidos con que usted le obsequió. Juraría que fueron los que más influyeron en su ánimo para convencerle de que el fantástico vuelo no había afectado a su organismo en lo más mínimo. Yo creo que hemos ganado nuestra primera batalla al convencer a Costigan. Su presencia

en Washington hará el resto,

—Esperémoslo así—.respondió Aguirre, terminando de arreglarse el nudo de la corbata.

En este punto se abrió la puerta y un marinero pidió permiso para entrar. Llevaba una gran bandeja, cuyo contenido cubría un blanco mantel. En silencio preparó una improvisada mesa y sobre ella colocó las viandas que trajera en la bandeja, algunas de las cuales humeaban aún.

El joven mayor lanzó una alegre exclamación.

—¿Debo agradecerle a usted este magnífico .festín?

—Puede, si quiere hacerlo, pero le advierto que tanto Cronin como yo vamos a vigilar su almuerzo. Deberá probar un poco de cada cosa, porque no es conveniente que coma demasiado.

— ¡Eso va contra los derechos de todo ciudadano!

— protestó cómicamente el piloto —. Es un abuso.

Maston sonrió y tomó un vaso, llenándolo de vino.

—A su salud, mayor.—Tras paladearlo, añadió—: Buen vino. Sabe mejor, quizá, porque corre a cargo de la Tesorería.

El viajero de la estratosfera comió con buen apetito, siempre bajo la vigilante mirada de los médicos, que no cesaron de bromear acerca de la situación.

—Será maravilloso leer su informe sobre el viaje, Carlos. ¿No puede adelantarnos algo?

Aguirre levantó la vista del plato.

—No sé si sabría relatar con palabras las diferentes emociones experimentadas en este viaje. Naturalmente, lo que predominará en el informe serán los detalles de orden técnico. Esto no creo que pueda interesarles a ustedes. En cuanto a la parte emocional, ya les he dicho que encuentro dificultades en explicarlo. La primera parte del viaje fue la más desagradable. No he de confesar que el miedo dominaba por completo todos mis sentidos. De otro lado, la violencia del despegue casi me privó del sentido. No de un modo total, no, pero me privó de saborear el momento. En un principio creí que el complicado salpicadero podría más que yo. Mis nervios en tensión estuvieron a punto de gastarme una pesada broma. Hubo un momento en que mis

músculos se negaron a responder a los dictados del cerebro; éstos fueron los momentos más angustiosos del vuelo. Después, libre de cualquier molestia, y vencido el pánico inicial, todo me pareció más sencillo. No podré describir jamás la emoción que experimenté al dirigir la mirada hacia la escotilla de estribor, la de babor iba cerrada para protegerme del sol ylas radiaciones cósmicas, y ver a la Tierra a mis pies. Naturalmente, no pude entonces verla entera, sino una gran porción de ella. Tal vez esto me impresionó más. Lo primero que vi fue el océano Atlántico. Volví instintivamente la mirada hacia atrás y pude ver el Golfo de Méjico y, muy difuminada ya, casi la totalidad de la Unión, tal y como estamos acostumbrados a verla en los mapas geográficos. Sonreí. Resultará ridículo, pero recordé mis tiempos de escuela.

»Pronto me acostumbré a ver todo el globo terrestre, que circunvolé varias veces antes del momento decisivo de abandonar la órbita de la Tierra. Esta operación había de realizarla yo mismo, aunque después sería el piloto automático quien prosiguiera el vuelo. Más, inexplicablemente, mi pulso no falló. Ejecuté la maniobra con la misma naturalidad que si empuñara el poste de mando de un avión normal. De pronto me hallé volando en una noche inmensa, sin más punto de referencia que las estrellas, que ahora creía tener al alcance de mi mano. La sensación ahora experimentada podrían comprenderla ustedes si hubieran volado de nochecuando se rebasa la velocidad del sonido. Todo essilencio en la altura, sólo que entonces no existía altura alguna; volaba en el infinito, aunque la Tierra estuviera relativamente próxima. Era completamente un cuerpo independiente en la inmensidad del vacío. Ninguna relación tenía con cualquiera otro cuerpo celeste; podía decirse que mi proyectil, y yo mismo con él, era otro más entre ellos. Todo era paz a mi alrededor. Todo sencillamente grandioso.Únicamente matemática pura y Sabiduría divina. Pueden creerme si les digo que sentí que se aproximara el fin de la experiencia. Me hallaba a gusto allí.

»Regresé de nuevo a la Tierra y volé de nuevo en torno a ella. Se abría entonces ante mí el resquicio de la duda. ¿Podría regresar sin novedad a la Tierra? No es nada agradable la idea de fragmentarse en el espacio a consecuencia del choque con la atmósfera. Los técnicos daban por sentado que las posibilidades del proyectil para regresar felizmente a la superficie terráquea ofrecían toda clase de garantías. Más con todo, y para mayor seguridad, se había dispuesto que el proyectil fuera a caer sobre el océano Pacífico o Atlántico. A partir de este momento la dirección del proyectil compitió a Cabo Cañaveral. Estuve ciego durante toda mi caída. Después, la violencia del disparo, que alejó a la esfera-vivienda del proyectil, me privó del

conocimiento. El tremendo encuentro con la inercia agotó mis fuerzas. El resto es obvio; saben ustedes más' que yo, aunque supongo que no tendrá nada de fantástico.

El mayor Aguirre abandonó su silla y tomó el cigarrillo que el doctor Maston le ofrecía. Luego tomó su guerrera. Maston, a su vez, dejó el vaso que aún sostenía entre los dedos.

—Es maravilloso. Ardo en deseos de que lleguela fecha del gran viaje, para experimentar todas esas emociones — comentó—. Como vulgarmente se dice, me ha puesto los dientes largos.

—Pronto podrá desquitarse—dijo a su vez el piloto—. Ya que estoy bajo sus órdenes, dígame: ¿cuál es el próximo número del programa establecido por Washington? Me agradaría estirar las piernas.

—Me temo que no va a tener ocasión para hacerlo — dijo Maston —. Salimos inmediatamente para la capital federal. Un hidroavión nos espera en la bahía.

Las tres personas abandonaron el camarote. Aguirre no pudo dejar de observar la curiosidad de que era objeto por parte de la tripulación.

Ya en cubierta pudo ver la silueta de la esfera envuelta en lonas que la ocultaban de los curiosos. Mientras aguardaban a la lancha motora que les condujera hasta el hidroavión conversaron con el comandante del navío y sus oficiales. Llegó t. fi aquélla y, tras una breve despedida, verificaron el trasbordo.

No mucho después el hidroavión se deslizaba sobre las aguas, llevando en su interior al mayor Aguirre y su guardián Maston.

Este último se preparó para el viaje intercontinental, mientras su compañero de viaje se dirigía hacia la cabina.

Los pilotos le saludaron con una sonrisa. El quetripulaba se dirigió al recién llegado.

—¿Es cierto que acaba de regresar de un viaje estratosférico?

El mayor Aguirre no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—Sí, ya sé que es un secreto —se apresuró a decir el aviador—, pero creo que lo sabemos todos— terminó guiñando un ojo.

Era un individuo pecoso, muy joven, y al mayor Aguirre le resultó simpático. Sonrió a su vez.

—Es peligroso jugar con secretos militares— dijo—. Sí, he subido bastante alto.

El pecoso le cedió su sitio.

—¿Quiere tripular durante un rato? — ofreció.

El mayor declinó con una nueva sonrisa.

—No, gracias. Después de lo otro, esto no resulta apenas emocionante. Voy a imitar a mi compañero de viaje, que creo va a descabezar un sueñecito. Guárdenme el secreto.

** *

Aquella mañana de mayo de 1963 reinaba gran animación en la Gran Base de Cabo Cañaveral.

Cualquiera no iniciado habría podido creer que en la Gran Base reinaba el caos. Nada más lejos de la verdad. Cada uno de los integrantes del colosal enjambre de obreros, técnicos y soldados tenía asignada su misión. Lo que no era obstáculo para que aquello semejase una nueva Babel. Pero donde podría parecer mayor la confusión era en torno a la gigantesca plataforma curva de lanzamiento sobre la que descansaba majestuosamente, apuntando con su proa al recién salido Sol, un colosal cohete.

Próximos a él, bajo el toldo de una tienda de campaña, se hallaban el mayor Aguirre, Maston y varias personas más, en su mayoría jefes de la Armada. El primero vestía las mismas ropas de vuelo que cuando fue liberado del océano, así como también Maston, que conversaba con otros tres, igualmente equipados. Eran los escogidos pilotos del «Silver Star», el primer proyectil para la Luna tripulado por seres humanos.

Eran cinco y todos de diferente edad. El más viejo, Archibald Croone, calificado astrónomo, fervienteimpulsor de los viajes interplanetarios, sobre los que poseía abundantes estudios; el doctor Maston le seguía en edad y estaba considerado como uno de los más destacados biólogos conocidos que, en unión de Croone, había estudiado las posibilidades del ser humano pararealizar con éxito viajes a través del espacio; el mayor Aguirre, as de la aviación estadounidense, les seguía en edad y era el hombre encargado de conducir el «Silver Star» hasta la Luna... y regresar. En esta tarea debía auxiliarle Tommy Lindberg, su copiloto y en cierto modo mecánico del

«Silver Star». El más joven de todos era Lemmy Saunders, casi un niño, verdadero fenómeno de precocidad, al que se consideraba como el más perfecto operador de radiotelegrafía de la Armada; a él estaba encargado el trabajo de controlar el complicado sistema localizador y de comunicación del «Silver Star», puesto al que se había hecho acreedor después de salir triunfante de un aterrador examen de capacitación apto para volver loco a una persona normal. Pero Saunders era un superdotado.

Frecuentemente se miraban entre sí, sonriendo forzadamente cuando sus miradas se encontraban. Ninguno de ellos era capaz de experimentar miedo, pero su sistema nervioso parecía estar sometido a dolorosa tensión. Respondían automáticamente a cuantas preguntas se les formulaban. Constantemente consultaban sus relojes eléctricos de alta precisión, especialmente construidos para ellos. Menos de veinticinco minutos restaban para la hora señalada, y la legión de técnicos y obreros especializadoshormigueaba aún junto al proyectil.

Un hombre vestido con blanca bata llegó hasta la tienda de lona. Sus ojos de miope miraban a través de gafas de gruesos cristales, saludó con un gesto y se dirigió al vicealmirante que presidia el grupo.

—Todo a punto, señor — dijo—. Sólo resta que se retiren las grúas y los obreros.

Ante el gesto de conformidad del alto jefe, se dirigió al mayor Aguirre.

—¿Están preparados'? — preguntó.

—Lo estamos.

—Bien; pueden ya hacerse cargo del «Silver Star» — repuso el hombre de la bata blanca—. A partir del momento en que ocupen el proyectil comunicaremos con ustedes exclusivamente desde la torre de control.

Aquellas últimas palabras parecieron destinadas a disolver el grupo. Hubo estrechones de manos y despedidas breves.

El vicealmirante y su séquito abandonaron la tienda primeramente, dirigiéndose a los automóviles aparéanos a corta distancia de allí. Luego, los expedicionarios espaciales emprendieron la marcha hacia el «Silver Star».

Las grandes grúas estaban siendo retiradas sobre sus railes. Pesados camiones transportaban a obreros y maquinaria auxiliar. En

breve, la astronave estaba totalmente aislada. Al otro extremo de la rampa de disparo se dibujaba el interrogante de su destino.

Los viajeros se izaron hasta la escotilla de entrada y tácitamente ocuparon sus puestos respectivos. El mayor trabajo hubieron de realizarlo los tres miembros más jóvenes de la escasa tripulación, especialmente Lemmy Saunders, que estableció contacto con la torre de control. Constantemente recibía datos de aquélla y transmitía los que el mayor Aguirre, comandante del «Silver Star», y Lindberg le daban para la confrontación.

Tres minutos antes de la hora de partida quedó finalizado este trabajo. Abajo todo estaba desierto, únicamente las formidables grúas permanecían relativamente próximas al cohete, como hieráticos centinelas.

La cabina de mando del «Silver Star» resultaba angosta para los cinco hombres. El monumental tablero de mandos e indicadores, así como las literas anatómicas extensibles, ocupaban casi la totalidad del espacio vital.

—Ha negado el momento del despegue — anunció el mayor Aguirre lacónicamente.

Todos sabían lo que aquello significaba. Sin el menor comentario se encaramaron a sus respectivas literas, procediendo a ligarse convenientemente.

Saunders tardó algunos segundos más en la tarea de ajustar el casco receptor, a través del cual recibiría posibles advertencias desde la torre de control.

Los viajeros, retrepados en las sillas-litera, contemplaron el paso del tiempo en el reloj de a bordo. La gran aguja central del segundero giraba a pequeños saltos, avanzando implacable hacia la hora cero.

Aguirre apartó la vista del reloj en el momento en que una luz verde se encendió en el salpicadero. Inmediatamente su mirada se posó en el blanco botón del resorte que ponía en marcha los poderosos reactores.

Se apagó la luz verde. El pulgar de la mano derecha del mayor Aguirre oprimió el resorte de puesta en marcha. A popa estalló un formidable trueno.

El «Silver Star» se estremeció como si fuera un ser vivo y, obediente al piloto automático, se puso en marcha, avanzando con

lentitud aparente sobre los carriles de su emplazamiento.

La formidable turbonada de gases resultantes de la violenta, combustión que se estaba llevando a cabo en el interior de sus motores leocultó por algún tiempo a las miradas de los observadores situados en la base de Cabo Cañaveral.

Cuando el «Silver Star» abandonó los doscientos cincuenta metros de rampa de disparo volaba ya casi en posición vertical.

Su color blanco resultó cegador cuando los primeros rayos de sol le dieron de lleno.

El ensordecedor trueno que dejara tras de sí resonaba aún en los tímpanos de cuantos presenciaron el lanzamiento, cuando el proyectil no era ya sino un punto en el cielo que se empequeñecía por segundos.

Mientras tanto en el interior de la astronave sus ocupantes experimentaban los efectos demoledores del despegue. Nadie llegó a perder el uso de sus sentidos. Eso sí, todos ellos experimentaban una desagradable sensación de náuseas. Pese a les complicados cálculos llevados a cabo durante tanto tiempo para lograr un traje de vuelo capaz de contrarrestar la diferencia de presión originada por el brutal aumento de velocidad, éste no era absolutamente eficaz.

Más tales molestias cesarían tan pronto como abandonaran el campo gravitatorio de la Tierra. Y esto iba a suceder muy pronto.

Las miradas de todos estaban nuevamente pendientes del reloj. Media hora más de ascensión y podrían abandonar las literas anatómicas sin el menor cuidado.

A pesar de que ninguno de ellos era ajeno al conocimiento de lo que sucedería en cuanto dejara de actuar sobre la astronave la fuerza de la gravedad, no pudieron por menos de reír como niños cuando, sueltas las ligaduras de seguridad, se vieron flotar en el interior de la cabina.

Lemmy Saunders fue el primero en utilizar su ingravidez en algo práctico. Con movimientos torpes logró abandonar la cabina para dirigirse a la suya.

En poco tiempo logró la conexión con la emisora de Cabo Cañaveral.

— ¡Atención! ¡Atención! —llamó—. Aquí «Silver Star». Sin novedad a bordo. ¡Atención…!

Por espacio de varios minutos repitió la llamada, cortando finalmente la comunicación para dar lugar a la respuesta. Ésta no se hizo esperar. Contenía una nota en la que recomendaban rectificar ligeramente el rumbo y la consigna de establecer nuevas comunicaciones a intervalos de media hora.

Siempre flotando, Saunders regresó a la cabina de mando. Aguirre y Lindberg se dedicaron de lleno a la complicada labor de hallar el verdadero rumbo, labor en la que maravillosamente les auxilió Croone. Mientras, Saunders repasó su instrumental localizador de cuerpos extraños en el vacío, y Maston comprobaba las condiciones de la atmósfera artificial. Habían practicado esto mismo miles de veces y resultó un trabajo rápido, al menos, en lo que atañe a estos dos últimos. Volvió a abandonar nuevamente la cabina, no tardando en regresar con tres latas de cerveza y jeringas con las que poder beberla. Es preciso hacer notar que, de otro modo, resultarla casi impasible llegar a beber cualquier clase de líquido.

—Debo confesar que me encuentro algo decepcionado— comentó con Maston, mientras procedía al trabajo de abrir las latas—. Viajar por el espacio no difiere mucho de hacerlo en un submarino. ¿Qué opina usted, doctor Maston?

—No sé qué responder, muchacho. Pero es bien cierto que el choque de la realidad con lo que habíamos imaginado es bastante fuerte. Pero también lo es todavía demasiado pronto para hacer juicios. ¿Me creerías si te digo que aún estamos bastante lejos de la Luna?

—Me basta con que usted lo diga — respondióSaunders con una sonrisa que puso al descubierto sus grandes dientes ligeramente salientes. Luego se dirigió al comandante de la nave—: ¿Terminan ya ustedes? Acabo de abrir el bar.

—Procura que quede algo, bribón — respondió Lindberg sin apenas levantar la vista de su trabajo—. Da otro modo, disfrutarás por poco tiempo del privilegio de poseer la llave de la despensa.

—Lo tendré bien presente.

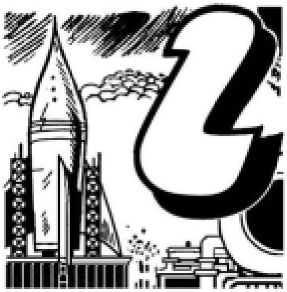
Cinco eran los días que se suponía duraría el viaje. Durante ellos, y en aquel reducido mundo, podrían aburrirse soberanamente, por lo que cada cual buscó el modo de combatirlo, aunque la mayoría, de momento, optó por tumbarse en las literas.

Y no estaba de más, porque sus cuerpos se hallaban agotados después de la enorme tensión nerviosa.

Traspuesta la zona de influencia gravitatoria de la Tierra, los motores de combustión química del «Silver Star» cesaron en su función de impulsión, siendo reemplazados ensu lugar por una eficaz unidad de propulsión atómica.

CAPÍTULO III

-



A vida transcurría normal a bordo del «Silver Star». La confrontación diaria del rumbo, revisión periódica de los órganos vitales de la astronave, el cotidiano baño de rayos ultravioleta, las regulares conexiones con la emisora directriz de Cabo Cañaveral y las dilatadas tertulias, tumbados sobre las literas.

Cuatro días de vuelo hacia la Luna, sin el menor incidente, a no ser la perforación de un tabique, causado por el impacto de un corpúsculo cósmico, que estuvo a punto de desquiciar a los astronautas, pues se invirtieron muy cerca de diez horas en la localización de la peligrosa fuga de aire respirable.

Lemmy Saunders, tipo ocurrente y revoltoso, tuvo a su cargo animar las veladas con su charla chispeante y sus simpáticos gestos de mono joven. Su cabello rojizo y rostro pecoso estaba en todas partes, revoloteando siempre— nunca mejor empleada esta expresión — en torno a la cabina.

Tolh Lindberg, el de rostro bonachón y gigantesca contextura, era casi siempre el blanco de las cuchufletas del operador de radio.

Archibald Croone jamás abandonó su aire patriarcal, ni siquiera cuando las disputas de los dos anteriores hacían desternillar de risa a los otros. A lo sumo dejaba que sus labios se adornasen con una sonrisa condescendiente. Era el más metódico de todos, destacándose con ventaja de los demás, allí donde todo era comprobado hasta el hastío.

Era alto, huesudo y con el cabello canoso. Todo era ceremonia en él cuando hablaba, que era poco, pues casi todo su tiempo libre lo

empleaba en consultar varias libretas escritas de su puño y letra.

E1 mayor Carlos Aguirre, hombre joven y fuerte, no parecía tener otra preocupación que su responsabilidad, pero en ningún momento llegó a exteriorizarlo. Era un hombre templado donde los hubiera. Poseía el coraje y la decisión del temperamento latino; pero pudiera decirse que ninguno de sus defectos.

En cuanto al doctor Maston, parecía encantado con el viaje. Nada le fatigaba o aburría. Constantemente pedía a los demás sus propias impresiones,exteriorizando al mismo tiempo las suyas. Difícilmente un niño podría haber demostrado mayor entusiasmo. La mayor parte de su tiempo lo pasaba contemplando el espacio a través de la claraboya.

A pesar de cuanto queda dicho, aquellos cinco hombres se sentían fuertemente unidos entre sí.

Aproximadamente cien horas después del disparo, el proyectil se hallaba ya en el campo gravitatorio de la Luna.

El mayor Aguirre dio el alerta. Los cinco tripulantes se dedicaron a lograr que el contacto con la Luna fuera lo menos brusco posible. Tal maniobra, sin experiencia previa, había de confiarse por entero a los mandos automáticos y a las garantías dados por los diseñadores del cohete.

El motor atómico cesó su trabajo, una vez hubo realizado su misión de invertir al «Silver Star», que ahora se precipitaba sobre la Luna, presentándole la popa, cuyos poderosos reactores frenarían su terrible velocidad de descenso.

La superficie lunar semejó elevarse hacia ellos, creciendo como una enorme pompa de jabón.

La tarea del aterrizaje quedaba exclusivamente en manos del comandante y de Lindberg, teniendo a Croone como precioso colaborador.

Transcurrió el tiempo angustiosamente, sin que la velocidad de caída decreciese en apariencia, pese al trabajo de los reactores. El «Silver Star» estaba ya a la altura de la línea del horizonte. Aguirre y Lindberg, sudorosos, vigilaban constantemente las manecillas de los indicadores del salpicadero.

Los grandes cráteres se podían distinguir ya con toda claridad, pero nadie reparó en ellos. Los que observaban por las claraboyas estaban más atentos a la velocidad de caída y al cálculo mental de la

distancia que les separaba de la Luna, al mismo tiempo que ponderaban las posibilidades del «SilverStar» de llegar sin novedad hasta el resquebrajado suelo lunar.

Las enormes nubes de gas procedentes de la combustión llegaron a envolver por completo al cohete, dificultando la visión del exterior.

Los cohetes-freno fueron forzados hasta el máximo. La inmediata consecuencia de este hecho fue la enorme trepidación a que se vio sometido el proyectil.

La fuerte sacudida que experimentó dio a entender a sus tripulantes que se había conseguido un notable éxito. Mas el formidable estruendo de los motores ponía en peligro de perder la razón a los astronautas. Resultaba paradójico pensar que en el exterior todo sería silencio.

La temperatura comenzó a subir en el interior de la cabina hasta hacerse sofocante. Maston consultó el termómetro interior y, ante el nivel alcanzado por la columna de mercurio, corrió a poner en marcha los refrigeradores.

El alivio, aunque inmediato, no fue total, y pronto volvió a aumentar el calor, sin que esta vez pudiera Maston hacer nada por mitigarlo.

—¿Hasta qué extremo podremos soportar esta terrible temperatura? — preguntó a gritos a Carlos Aguirre.

El joven comandante del «Silver Star» volvió hacia él su sudoroso rostro.

—Eso, es usted el más calificado para determinarlo. Averigüe cuál es el límite de resistencia del cuerpo humano.

—Supongo que no pretenderá hacer una broma en instantes tan críticos como éste…

—Está en lo cierto, doctor — respondió Aguirre —. Pero sólo hay dos alternativas: tostarnos como cangrejos o estrellarnos contra la Luna: elija.

—Sea como sea, si este calor sigue aumentando,pronto hervirá el aceite del relleno de 'nuestros trajes de vuelo.

—Aún queda una posibilidad de que no suceda así. Queda muy poco para que nos posemos sobre la superficie. Hemos extendido ya los pies telescópicos, y éstos mismos detendrán los turborreactores

automáticamente en el preciso momento que sus plantillas se posen sobre la superficie.

—Esperemos que sea una superficie — pareció suspirar Maston.

— ¡Por Dios! —intervino Saunders el pelirrojo—. Parecía usted muy contento cuando empezó el viajé. ¿Ha recibido malas noticias de casa?

Maston hizo ademán de atacar al jovenzuelo, pero Lindberg actuó en el momento propicio, interponiéndose oportunamente entre ambos.

El calor seguía aumentando aterradoramente. Transcurrieron tres largos minutos. Se miraban entre sí con ojos que parecían querer abandonar sus cuencas.

Croone se apoyó contra el soporte inferior de una litera y cerró los ojos, al tiempo que se llevaba las manos a la garganta. Su lengua hinchada hizo aparición entré los labios resecos.

Lentamente comenzó a resbalar hacia el suelo. Saunders reparó en ello y dio un gran salto, creyendo, quizá, que todavía era ingrávido. Se estrelló contra la litera y fue a caer sobre el cuerpo de Croone. Se incorporó difícilmente y trató de alzar el cuerpo del astrónomo. Trabajo vano. El sudor le cegaba y sus fuerzas parecían nulas. Súbitamente se desplomó,

Maston avanzó vacilante hacia los caídos. Pero estaba convencido de que no iba a llegar nunca. Dioun traspié...

* * *

El «Silver Star», envuelto en pegajosas nubes de color blancuzco, pareció dar un salto. Sendos lengüetazos de fuego brotaron de sus cohetes-freno, alcanzando inverosímil longitud.

Era un espectáculo grandioso. Descendía majestuosamente, ahora.

Cuatro gigantescos pies telescópicos hicieron su aparición, como brotando de las nubes de gas. El «Silver Star» semejó entonces un monstruo arácnido que se cerniese sobre su presa, cuando la realidad era que la presa era él mismo, pues su descenso, de no ser variado, le llevaba al interior de la obscura boca de un grandioso cráter.

Al fin pareció que éste lo engullía. Siempre despidiendo fuego y gases, el proyectil de la Tierra siguió descendiendo. Parte de los

amplios timones y casi toda la subestructura estaban al rojo.

Sólo un centenar de metros le separaban ya del cuarteado suelo que formaba la plataforma interior del cráter.

Definitivamente, casi con dulzura, los pies telescópicos se posaron en la superficie llana; hubo un movimiento de muelle, y el «Silver Star» quedó inmóvil, coronado por las últimas nubes de gas expelido por sus motores, que cesaron en su trabajo al tiempo que la astronave se posaba en el fondo de la gigantesca oquedad.

Luego, comenzó a transcurrir el tiempo...

* * *

Lemy Saunders fue el primero en abrir los ojos. Despertó experimentando la desagradable sensación de intenso frío.

Tratando de contener un calofrío se incorporó, apoyando para ello sus manos en la plataforma metálica. Ésta le transmitió parte de su calor ySaunders pareció agradecido por aquella caricia tibia.

Inmediatamente se ofreció a sus ojos un cuadro desolador. Todos sus compañeros aparecían caídos en el suelo. Croone y Maston eran los más próximos a él.

Se puso en pie definitivamente y un nuevo escalofrío le sacudió todo el cuerpo. El frío parecía morderle las carnes.

—¡Maldito frió!—gruñó entre sus dientes, que castañeteaban.

Recordó inmediatamente. ¡Los equipos de refrigeración! Maston los había puesto al máximo de su rendimiento para contrarrestar el terrible calor de antes.

—Debemos de habernos posado ya — pensó, mientras corría hacía el regulador de temperatura.

Después se asomó a la claraboya más próxima y limpió con la manga el vaho que empañaba el cristal especial y que, incomprensiblemente, no había estallado. De haber ocurrido así, aquella aventura haría algún tiempo que habría terminado.

Miró al exterior. No era mucho lo que podía ver, pero quiso comprender que se hallaban en el interior de un cráter. Rebasado el

murallón rocoso pudo ver el cielo estrellado.

Era el primer hombre que veía aquello de cerca. De no haberle preocupado la suerte de sus amigos, hubiera bailado de contento. Regresó junto a ellos.

Acudió primeramente en auxilio de Croone, logrando con grandes esfuerzos recostarle en su litera. En el momento en que incorporaba a Maston, Lindberg dio muestras de recobrar la lucidez. Esto dio nuevos ánimos al radiotelegrafista, que cargó a sus espaldas a Maston y lo acostó igualmente.

Lindberg se puso en pie. Miró a Saunders con aire estúpido.

—¿Ya? — acertó a preguntar.

Saunders asintió.

—Y, al parecer, sin mayores consecuencias que éstas que ves. Croone y Maston viven. Averigua si sucede lo mismo con el comandante.

Mas no hizo falta que Lindberg llevara a cabo su gestión. Carlos Aguirre se puso en pie, sacudiendo la cabeza pesadamente.

—¿Qué ha sucedido?

Mas no esperó la respuesta de sus amigos, precipitadamente se dirigió hacia la claraboya.

— ¡¡Lo conseguimos!!—gritó, después de echar una ojeada al exterior.

Luego, su rostro se ensombreció al descubrir los cuerpos de Croone y Maston.

—¿Qué les ocurre?

—Solamente están desvanecidos — se apresuró a decir Saunders —. El excesivo calor les aturdió como a nosotros.

—¿Qué sucedió después?

—Yo he sido el primero en despertar, pero para entonces el proyectil ya se había posado — explicó Saunders—. Parece ser que nos hallamos en el fondo de un cráter.

—Esa es mi impresión — respondió Aguirre —. Está bien; comencemos a hacer algo. Tú, Lemmy, ve a la despensa y trae algo

con que reanimar a los desvanecidos y luego establece comunicación con la Base.

Sin el menor esfuerzo muscular, debido a la escasa gravedad, Saunders fue a cumplimentar la orden. Comparó asombrado la facilidad con que se desplazaba ahora con el terrible esfuerzo realizado para cargar con los cuerpos de Maston y Croone, y comprendió lo poco que había faltado para la tragedia.

Tras llevar a la cabina una botella de ron, sedirigió a la emisora. Pero allí le aguardaba una desagradable sorpresa: no funcionaba.

Como loco trató de averiguar a qué obedecía, mas con gran desesperación no logró localizar el desperfecto.

Irrumpió como un ciclón en la cabina común.

—¡Estamos incomunicados! — exclamó.

La sorpresa los dejó mudos a todos.

—¿Qué quieres decir? — inquirió Lindberg.

—Que nuestro emisor-receptor no funciona.

—¿En absoluto? — preguntó Aguirre.

Saunders asintió con la cabeza.

—Prueba de nuevo — insistió el comandante —. Supongo que no será fácil establecer la comunicación, pero...

—No me han comprendido — repuso el pelirrojo.

— Quise decir que la avería es nuestra, de aquí, de nuestro equipo.

Aguirre se dejó caer sobre el butaquín de la tabla de control.

—Buen contratiempo — murmuró.

Todo el optimismo de momentos antes había desaparecido ante la desagradable noticia. .

Croone, ya recuperado, así como Maston, con su acostumbrada solemnidad, comentó:

—No es agradable saber que estamos incomunicados, pero no creo que debamos abandonarnos a la desesperación. Pensemos que hace tan sólo unos instantes hemos esquivado un grave peligro.

Debemos contentarnos, aunque sólo sea por el hecho de seguir viviendo.

—No le falta razón — admitió Aguirre —. De todos modos, dependemos únicamente de nosotros mismos. Si hemos llegado hasta aquí, de igual modo regresaremos a la Tierra. De momento no creo que nos sea necesaria la comunicación con nuestro planeta, Seguiremos adelante con todos nuestros planes. Mientras tanto. Saunders tratará de localizar la avería de la emisora.

—Con todo —arguyó Lindberg—, nuestro trabajo se verá entorpecido por esa avería, o al menos, nos limitará el radio de acción, al impedir que podamos ir lejos del proyectil, pues corremos el riesgo de perdernos en este mundo desconocido y no regresar jamás.

—También eso es cierto — reconoció Aguirre—. Pero ¿vamos a renunciar tan pronto? Poseemos dos emisoras portátiles; una de ellas quedará aquí, y la otra pueden llevarla quienes se alejen del «Silver Star».

Conformados con su situación, los expedicionarios decidieron realizar una frugal comida, antes de descender a la superficie de la Luna.

Ni que decir tiene que el refrigerio resultó brevísimo. Con gran excitación comenzaron los trabajos preliminares para el descenso.

Lindberg, mientras los otros preparaban los trajes especiales, comprobó concienzudamente el buen funcionamiento de la cámara estanca, a través de la cual deberían salir.

El equipo de exploración constaba de un traje de plástico ultraflexible de una sola pieza y doble, con cuatro juegos de fuelles en codos y rodillas, que permitían una relativa facilidad de movimientos. Así mismo, de una escafandra, también de plástico límpido y una careta auxiliar de oxígeno para el caso de accidental rotura de la escafandra.

Las escafandras, a su vez, iban provistas de diminutas emisoras individuales de un alcance máximo de doscientos metros, con las que los tripulantes del cohete podían comunicar entre sí.

El mayor Aguirre determinó que solamente bajarían en aquella ocasión Maston, Lindberg y él mismo, debiendo quedar en el «Silver Star» Croone ySaunders. No pareció tal decisión muy del agrado de estos últimos, pero no hubo objeciones.

Lindberg cargó la emisora portátil y Aguirre una bandera de los Estados Unidos, pues tenía el propósito de izarla en la Luna.

A instancias de Croone, siempre ceremonioso y solemne, se decidió por sorteo quién habría de ser el primero en descender. Correspondió al doctor Maston.

El propio Croone se encargó de manejar los mandos de la cámara estanca. Aguirre, Maston y Lindberg, ataviados ya con sus grotescos equipos, penetraron en ella, cerrándose a continuación, tras de los mismos, el portón hermético.

Transcurrieron unos segundos.

La última escotilla se abrió ante ellos. Maston oprimió un resorte, y una escalerilla de aluminio se desplegó automáticamente hasta quedar a escasos centímetros del suelo.

El designado por la suerte hizo una seña a sus dos compañeros e inició el descenso. Inmediatamente le imitaron éstos.

Maston se desprendió de la escalerilla mucho antes de llegar al suelo, deseoso de experimentar la escasa gravedad lunar. Cayó blandamente sobre el suelo, donde sus grandes zapatos se hundieron casi totalmente, levantando con su salto pequeñas nubes de ceniza, que volvió a posarse perezosamente.

Maston se agachó para recoger con su enguantada mano un puñado de aquellas cenizas.

Cuando se incorporó, Aguirre y Lindberg ya estaban junto a él. Maston utilizó su radio.

—Cenizas — dijo —. ¿Será cierta la teoría de que los cráteres de la Luna tienen como origen antiguos volcanes?

Carlos Aguirre elevó sus hombros perceptiblemente.

—Vamos — respondió —. Exploremos esto. Eso es trabajo de Croone. Veamos el modo de salir de este cráter, si es factible.

—La pequeña comitiva se puso en marcha, caminando muy de prisa, merced a la ligereza con que se ejecutaban los movimientos.

Maston, dando muestras de su espíritu juguetón, quiso comprobar personalmente lo que había de cierto en antiguas teorías acerca de la posibilidad de dar gigantescos saltos en la Luna, alguna de las cuales aseguraban que un hombre normal era capaz de saltarhasta cincuenta

metros.

Ni siquiera lo comunicó a sus amigos. Tomó impulso y distendió sus músculos en un vigoroso salto, prodigioso en un hombre de su edad. Y fue una verdadera suerte que no se estrellara contra una puntiaguda breña que sobresalía siniestra de entre la ceniza, veinte metros más allá.

El mayor Aguirre y Lindberg corrieron a su lado.

—¿Qué le sucede para dar semejantes saltos? — preguntó aquél.

—Nada — respondió alegremente Maston—. Únicamente he querido comprobar la veracidad de ciertas teorías. Y he visto maravillado que no son del todo erróneas. Podremos recorrer mucho más camino, si lo hacemos saltando.

La propuesta de Maston tuvo algunas objeciones, pero prontamente los otros pudieron comprender que, en efecto, se podía hacer mucho más camino, sin excesivo agotamiento físico.

Así, como extraños y gigantescos saltamontes, se alejaron en dirección al elevado murallón, que se elevaba a una distancia que podía calcularse de tres a cuatro kilómetros. El »«Silver Star» no se había posado en el centro geométrico del cráter, del que tampoco se podía decir que fuera circular, y los expedicionarios habían escogido la muralla rocosamás próxima, ya que la opuesta distaba doblemente del punto de partida.

Sus espaciadas huellas les acompañaron hasta .as primeras estribaciones. El escalo no ofrecía grandes dificultades, ya que el circo rocoso no era tan escarpado como parecía desde lejos, aunque sí bastante elevado, pero no tanto que les impidiera llegar hasta la cumbre en menos de quince minutos.

A la sazón, cuanto alcanzaba la vista era un gigantesco desierto erizado de cráteres de todos los tamaños, algunos de los cuales, más lejanos, poseían la imponente apariencia de verdaderas cordilleras, cuyos picos sobrepasaban con mucho los más altos de la Tierra.

—Un mundo muerto — comentó Maston.

—Muerto, o no, clavaremos aquí la bandera de los Estados. Desde este momento, la Luna es una nueva estrella para nuestra bandera — respondió Aguirre.

—Con lo que sale ganando — dijo Maston, intentando jugar con las palabras—, pues pasa de satélite a estrella.

CAPITULO IV

DESCENDER al otro lado resultó aún más sencillo. En aquella parte el suelo era más duro, quizá porque la ceniza era más escasa. También el terreno estaba más cuarteado y entre las rocas brillaban punticos metálicos.

—Aquí hay abundante trabajo para Croone—indicó Aguirre, señalando el suelo,

—Desde luego, aunque su especialidad no es la mineralogía. De todos modos presiento que querrá que carguemos con gran cantidad de pedruscos.

Siguieron avanzando constantemente, ávidos por encontrar parajes distintos a los que estaban viendo, pero todo parecía indicar que otra cosa que lo que habían visto no era dado hallarlo en el satélite.

De pronto su camino sé vio cortado por una profunda sima, cuyo fondo no era posible adivinar. Era notablemente ancha y nadie confió en los prodigiosos saltos que hasta entonces habían venido dando. Optaron por bordear la hendidura, en la esperanza de hallar pronto su límite. Empero, la cortadura se prolongaba kilómetros y más kilómetros.

Los exploradores comenzaron a experimentar cansancio y hambre.

Maston fue el primero en demandar cuartel.

—Propongo una tregua en el camino —dijo.

Nadie tuvo nada que oponer. Y el más simple de los campamentos se instituyó; bastó con que se dejaran caer al suelo.

Inmediatamente procedieron a la compleja operación de llevar a sus estómagos la pequeña píldora de alimentos comprimidos. El trabajo era concienzudo y requería paciencia.

Consistía en sorber a través de una cánula donde iban debidamente colocadas, la píldora alimenticia. Para ello se abría un pequeño orificio en la escafandra y se sorbía con la mayor rapidez posible, cerrando acto seguido el orificio de entrada. Esto originaba la pérdida de gran cantidad del oxígeno de la escafandra. Los expedicionarios estaban aleccionados acerca de este hecho; sabían que era posible que les sobreviniera un ligero mareo por tal causa. Ésta era, al menos, la propia impresión de Maston. Sin embargo, no experimentaron la menor molestia.

El descenso fue corto, pues, pese al especial acondicionamiento de sus equipos, el intenso frío de la noche lunar parecía morderles los huesos.

Pusiéronse nuevamente en camino, siempre bordeando la infranqueable sima.

Aguirre se dirigió a sus compañeros:

—Quizá debiéramos volver ya a la espacionave. Este maldito barranco no parece tener fin. Se extiende hasta allí a donde alcanza la vista.

—Así parece ser — respondió Maston—. Hemos sido poco afortunados en la elección del camino.

—No debemos desanimarnos—apuntó Lindberg—. La grieta no es tan ancha que no nos permita pensar que en cualquier punto podamos salvarla.

—Aunque así sucediera — repuso Maston —, no le falta razón al comandante. No tenemos demasiado tiempo. Según mis cálculos faltan pocas horas para que sobrevenga el día. Y no es conveniente que nos sorprenda lejos de la astronave. No sabemos a qué temperatura podemos vernos sometidos, aunque todo parece indicar que, en este mundo sin atmósfera que amortigüe y filtre los calurosos rayos solares, será terrible.

—Bien. Regresemos cuando quieran — respondió el copiloto.

Las últimas palabras de Maston fueron un acicate. Con mayor

entusiasmo reemprendieron el camino de vuelta.

Al cabo de dos horas se detuvieron desorientados.

—¿Será posible que nos hayamos extraviado? — comentó Maston.

—Sería ridículo — respondió Aguirre —. Pero debo confesar que la monotonía del paisaje me tiene desorientado. Creo, con todo, que no hemos llegado aún al punto en que encontramos la sima.

—También es posible que lo hayamos dejado ya atrás.

—Todo es posible — admitió Aguirre de mala gana.

Mientras tanto, Lindberg se había alejado relativamente. No tardó en regresar.

—Estamos en el buen camino — dijo—. Pronto llegaremos al lugar de partida en nuestra marcha paralela a la grieta.

—¿Ha reconocido el terreno? — preguntó el mayor Aguirre.

—En efecto; recuerdo bien aquella torrentera.

Aguirre y Lindberg pudieron ver perfectamente el gesto de asombro de Maston.

Antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de preguntarle la causa de su extrañeza, el propio doctor se apresuró a preguntar:

—¿Dijo torrentera, Lindberg?

La sorpresa de Tommy no fue menor que antes la de Maston.

—Eso dije—respondió.

—Supongo que sabe perfectamente lo que es una torrentera.

Lindberg no pudo evitar que sus cejas se fruncieran de modo hostil.

—¿A dónde quiere ir a parar, doctor? — preguntó.

—Está bien claro; en la Luna no hay atmósfera ni, por tanto, agua. Difícilmente puede haber visto algo que le recuerde un cauce.

—Mire, doctor — dijo el mocetón, recalcando exageradamente las palabras—. Lo que yo he visto me ha parecido una torrentera. Si no lo es, a mí me importa un comino.

Lindberg estaba verdaderamente furioso.

—Tal vez en alguna época hubo corriente de agua en este satélite — apuntó Aguirre, sin demasiado entusiasmo.

—Acepto la teoría — replicó Maston con claro aire de suficiencia —. Pero pongo en tela de juicio que resten tales huellas. Con todo, no soy un entendido; vayamos a examinar ese accidente del terreno. Guíenos, Lindberg.

Al aludido no pareció seducirle excesivamente la idea. Y clara prueba de ello fue la terrible mirada que dirigió a Maston.

—Está bien — rezongó—. Es muy fácil que no me haya fijado demasiado. Estoy casi seguro de que no es una torrentera.

—No importa; vayamos a ver.

Prontamente estuvieron en el lugar. El desnivel del terreno era casi mínimo y era muy difícil precisar, pero, en efecto, parecía el cauce seco de pasadas corrientes de agua. Y lo que más impelía a hacerlo creer así era el hecho de que las aguas que por allí pudieran discurrir, irían necesariamente a perderse en el fondo de la gran sima.

Hubo un silencio.

—Mi opinión particular es que únicamente se trata de una casualidad — comentó Maston—. No podemos dejarnos llevar de la fantasía. Seria pueril ahora por nuestra parte olvidar teorías consideradas como irrebatibles. De cualquier modo, de ser erróneas mis apreciaciones, habría algún resto de vegetación, pero esto queda descartado, ya que no admito la existencia de atmósfera.

Maston se expresaba con cierta reticencia. Sin duda a Lindberg no le agradó tal tono, pues se apresuró a decir:

—No acaban de convencerme sus palabras, doctor. Hay lugares en la Tierra en que no llueve sino muy de tarde en tarde. Y tampoco allí hay vegetación.

—¿Adónde quiere ir a parar? — preguntó Maston escandalizado.

—No demasiado lejos. Insinúo la posibilidad de que nos hallemos en lugar desértico de la Luna.

—¿Mantiene, entonces, su teoría de existencia de atmósfera?

—Yo no mantengo nada. He expuesto mi opinión— respondió

Tommy furioso.

—Bien — atajó el mayor Aguirre—. Dejemos esta discusión y regresemos al «Silver Star». Allí podrán continuar su polémica.

Reemprendieron la marcha. Al cabo de unos minutos avistaron el cráter. Tardaron en llegar hasta él más tiempo del que habían calculado.

Realizaron sin dificultad la ascensión de la gran cresta rocosa y llegaron sin novedad al otro lado. Allí, sobre la planicie central, se alzaba el «Silver Star», erguido sobre sus pies telescópicos.

El mayor Aguirre y Tommy Lindberg avanzaron a grandes saltos, pero Maston quedó bastante rezagado.

Les detuvo en su marcha la excitada llamada de Maston.

—¿Qué le sucederá ahora? — farfulló Lindberg—. De seguro que ha hallado una nueva prueba que demuestre su teoría.

Deshicieron rápidamente el camino.

Estaban muy próximos ya a Maston, cuando vieron algo que les llenó de asombro. El doctor manipulaba con su mascarilla auxiliar de oxígeno, como dispuesto a usarla. Al mismo tiempo comenzó a quitarse la escafandra.

—¡No haga eso! —gritó Aguirre—. ¿Se ha vuelto loco?

Pero Maston no podía oírle, porque tenía desconectado su dispositivo de audición.

Aguirre le zarandeó, impidiendo que llevara a cabo su maniobra. Maston usó su radio para hablar con el comandante.

—¿Qué le sucede? — preguntó irritado.

—Eso mismo quisiera saber yo respecto a usted— respondió el piloto —. ¿Se da cuenta de que intentaba quitarse la escafandra?

— ¡Naturalmente! ¡Ni creo que la necesitemos realmente!

Aguirre temió por la salud mental del doctor. Más éste, con gran énfasis, dijo, señalando al suelo con el índice:

—¡Mire!

Aguirre dio un pequeño salto de asombro. Junto a sus mismos

pies, un repugnante reptil se arrastraba perezosamente por entre las piedras.

Preventivamente se alejó de su alcance, pues en realidad aquel ser infundía cierto respeto. Era grueso y relativamente corto, dada su configuración vermiforme, y de color negro muy sucio. Su cabeza estaba desproporcionada con respecto al resto de su cuerpo y poseía una gran boca dentada semejante a la de los saurios terrestres. Dos cortas patas, en el lugar donde podría haberse situado mentalmente el cuello, constituían todas sus extremidades. Avanzaba reptando, pero se ayudaba con ellas. Medía aproximadamente un metro y su piel, desprovista de pelo, brillaba como la de las focas. Sus ojos, pequeños puntos de brillante azabache, contemplaron indolentemente a los tres terrestres, y el repugnante reptil continuó su cachazudo paseo, no tardando en desaparecer en una oquedad.

Los tres hombres no habían pronunciado palabra entre sí, estupefactos por el inesperado espectáculo.

Fue Maston el primero en reaccionar, prosiguiendo en su intento de desembarazarse de la escafandra acondicionada. Aguirre y Lindberg le dejaron hacer.

El médico logró su propósito al fin. El momento era trascendental. Con gran precaución aspiró el hipotético aire lunar. Y de pronto su rostro se iluminó, al tiempo que lanzaba un penetrante grito que los otros no pudieron escuchar.

Volvió a colocar rápidamente la escafandra en su lugar y transmitió a sus amigos:

—¡Existe atmósfera! ¡Existe atmósfera!

Luego, sin más explicación, se alejó corriendo a grandes saltos haciael «Silver Star»; Aguirre y Lindberg fueron tras él.

El paso a través de la cámara estanca se llevó a cabo con gran rapidez y precisión. Con la ayuda de Saunders y Croone lograron los expedicionarios desembarazarse de su impedimenta. Pero mucho antes, apenas desprovistos de las escafandras, Maston comenzó a hablar, acuciado por las preguntas de sus compañeros de expedición y quienes habían quedado en el interior de la astronave.

—Es sorprendente — decía—, pero irrebatible, que la Luna posee atmosfera y que podemos respirarla. No podría asegurar que nos sea posible prescindir por completo de las escafandras o las mascarillas auxiliares de oxígeno. El aire de la Luna es respirable, aunque quizá

no posea suficiente oxígeno para que el ser humano pueda desplazarse sobre su superficie sin cierta protección. Quiero decir que bastaría diseñar una mascarilla aún más simple que éstas nuestras, incluso con menor consumo de oxígeno, para que pudiéramos desplazarnos a través del Satélite sin la menor preocupación.

—¿Qué sensación experimentó al desembarazarse de la escafandra?—preguntó el mayor Aguirre.

—Aparte del miedo consiguiente, la más importante fue la de frío. Un frío terrible que macera las carnes. Con todo, no es tan intenso que se diferencie mucho de nuestras temperaturas polares. Es extraño que estos parajes no estén cubiertos por el hielo. Será curioso averiguar cuál es exactamente la causa.

En aquel punto una gran claridad penetró por la gran escotilla u ojo de buey provisto de transparente. La intensa luz procedente del exterior casi llegó a cegarles.

—El sol ha salido — anunció Croone.

Saunders se apresuró a cerrar el transparente. Después, a requerimiento del comandante, informó de que le había sido imposible localizar la avería del transmisor y por ende su reparación.

Tras una cena a base de conservas los expedicionarios se dedicaron al descanso.

A la noche siguiente estaban preparados de nuevo para otra incursión sobre la superficie lunar. Esta vez, únicamente quedaría a bordo Croone.

En este nuevo experimento tomaron una dirección diferente a la del día anterior y merced a la experiencia adquirida durante el mismo, respecto a sus posibilidades de desplazamiento, dejaron indicado a Maston que era probable que tardaran más de un día en regresar al proyectil.

También en esta ocasión era Lindberg el encargado de transportar la emisora, aunque él protestó de la inutilidad que suponía llevarla con ellos, puesto que en la expedición anterior no llegaron a usarla nunca.

Como ya dejamos dicho, emprendieron el camino opuesto al día anterior.

Habían renunciado al uso de la mascarilla de oxígeno, porque, si bien era más cómoda que las escafandras, éstas resguardaban mucho

mejor que aquéllas del intenso frío.

Dejaron atrás el cráter y caminaron sin descanso en busca de nuevas huellas de vida, o de los límites de aquel dilatado desierto. Mas era desesperante su continuidad y monotonía.

Estaba próximo el amanecer cuando decidieron detenerse para descansar algunos instantes e ingerir píldoras alimenticias.

Pero Aguirre, irritado por los escasos resultadospositivos de aquella exploración, rehusó sentarse con los otros y abandonó el pequeño refugio que ofrecía la diminuta cueva en que se instalaron, pues era posible que se determinaran a pasar allí el día, caso de que la intensidad de los rayos solares no les permitiera seguir caminando.

Merodeó durante algún tiempo por los alrededores, hasta sentirse fatigado. Quiso regresar a la cueva, pero descubrió algo en la lejanía que le dejó paralizado por el estupor. Algo que brillaba como si de un objeto metálico se tratara. Con gran excitación colocó ante sus ojos la poderosa lente, que actuaba como eficaz catalejo.

No pudo evitar que una exclamación se escapara de su garganta:

— ¡Cielo santo! No es posible lo que mis ojos están viendo. ¡Una astronave enteramente similar a la nuestra!

Le asaltó de pronto la idea de que fuera el «Silver Star», pero ello no era posible de ningún modo. El cohete terrestre se hallaba a muchas leguas de aquel paraje. Cabía pensar que hubieran estado andando durante toda la noche alrededor de él, lo cual no dejaba de ser un absurdo. Con todo, volvió a enfocar la lente. La nueva observación disipó cualquier duda. El «Silver Star» descansaba sobre sus patas telescópicas, mientras que el objeto de la curiosidad de Aguirre permanecía tumbado a lo largo de su estructura.

Con gran excitación se dirigió a la pequeña cueva. Mientras corría estableció contacto por radio con sus amigos.

—¡He descubierto algo asombroso! ¡A corta distancia de aquí hay una astronave!—les radió.

Cuando Aguirre llegó, ya los otros estaban fuera de la gruta. Estaban tan excitados como el propio comandante. Durante algunos segundos resultó imposible que se entendieran, puesto que todos preguntaban al mismo tiempo.

Al fin, Aguirre se despojó de la escafandra, y los otros le imitaron.

—¿Es eso posible? — preguntó Maston preso de la mayor ansiedad.

—Lo es — replicó Aguirre—. Lo he visto perfectamente con la lente fija.

—¿No será el «Silver Star»? — medió Lindbergh.

—Eso equivale a decir que hemos estado dando vueltas alrededor del punto de partida — añadió Saunders.

Aguirre hizo un gesto de impaciencia.

—No, nada de eso — se apresuró a decir—. Esa misma idea se me ocurrió a mí. Pero es fácil comprobar que no se trata de nuestra espacionave. De todos modos, saldremos de dudas dentro da muy poco. Vamos hasta donde se halla.

No necesitó Aguirre espolear a sus hombres. Con presteza comenzaron a caminar tras él. Llegados al promontorio desde el que el mayor hiciera su descubrimiento momentos antes, pudieron comprobar por sí mismos la concreta veracidad de las palabras de éste.

Mil variadas conjeturas se hicieron acerca de la naturaleza y origen del misterioso artefacto.

La misma idea germinó en todos los cerebros, casi al mismo tiempo, aunque fuera Maston el primero en expresarla.

—¿Quiénes serán los tripulantes de esa astronave?— preguntó como si pensara en voz alta. Al cabo de un rato, ante el mutismo de sus compañeros, añadió—: ¿Terrestres, selenitas, o... extraterrestres?

—Será difícil responder a esa pregunta hasta tanto no estemos junto a ella — respondió Aguirre como tratando de soslayar el asunto.

—Tan posible es que sean terrestres, como selenitas— volvió a decir Maston.

—En el caso de que de terrestres se tratara, todos sabemos quiénes son nuestros vecinos — comentó Lindberg con decepción.

—Cuesta un poco aceptarlo así — repuso Maston—. Pero el sentido de mis palabras llega más lejos. Aunque se tratara de rusos, nada debemos temer. Otra cosa distinta es que los dueños de esa astronave sean selenitas, o habitantes de otro planeta más lejano.

—¿Adónde quiere ir a parar? — preguntó Aguirre.

—Al hecho de que estamos desarmados e ignoramos qué recibimiento puedan hacernos.

Aquellas poco tranquilizadoras palabras exasperaron a Aguirre. No le faltaba razón a Maston, pero el mayor hubiese preferido que no llegara a pronunciarlas.

—¿Da por supuesta la presencia de tripulantes?— preguntó.

Maston esperaba esta pregunta, sin duda, porque no vaciló al contestar:

—Admito que no podremos saberlo hasta que estemos allí, pero, por otra parte, ¿qué nos impide suponerlo así?

—Puede estar abandonada desde algún tiempo— replicó Aguirre.

Maston se encogió de hombros dentro de su amplio equipo.

—Es una buena razón, comandante; pero también lo es la mía.

Nadie dijo nada más durante todo el tiempo que invirtieron en llegar a las inmediaciones de la astronave. Antes de esto pudieron advertir claramente que la astronave era de características desconocidas, aunque, en general, similares a las del «Star». También resultaba evidente que estaba destrozadaen parte, a consecuencia de que el aterrizaje no se había llevado a cabo en condiciones normales.

A prudencial distancia de su objetivo, los terrestres tomaron precauciones, a pesar de que el paraje estaba completamente desierto, a excepción de ellos mismos.

El terreno — aunque no sea correcta esta expresión— era despejado y sin accidentes, pero en cambio aparecía sembrado de grandes pedruscos. Tales obstáculos fueron utilizados por los terrestres para seguir avanzando con toda clase de precauciones.

Dieron un rodeo para cerciorarse de que no había nadie al otro lado. Y gracias a esta maniobra descubrieron el origen del proyectil. La gran estrella roja de cinco puntas pintada en la proa les reveló la identidad de sus dueños. Debajo de la estrella había una breve inscripción en caracteres rusos.

—«Laika» — tradujo Lindberg—. Sin duda, en memoria de aquella perra que cruzó por vez primera el espacio interplanetario hace unos seis años.

Pasado algún tiempo sin que descubrieran el menor rastro de vida humana en el interior del «Laika», Aguirre propuso que lo más sensato era llegarse hasta la astronave, toda vez que lógicamente nada podían temer de sus dueños.

En aquel preciso momento hizo violentamente su aparición el crepúsculo. El súbito tránsito da la penumbra a la luz resultó bellísimo y, en cierto modo, sobrecogedor.

Este hecho decidió definitivamente al grupo a recorrer el resto de la distancia.

No les resulto difícil hallar la escotilla de entrada, puesto que estaba abierta. Tal circunstancia favorecía la suposición de Aguirre. No era probable que los dueños del «Laika» dejasen escapar de aquel modo su atmósfera respirable, aceptando la pobre del satélite. Aunque también era posible que hubieran llegado a la Luna mucho tiempo antes y, agotadas sus reservas de oxígeno, aceptado el allí existente. Comoquiera que fuese, el «Laika», por su aspecto exterior, no parecía haberse posado allí mucho tiempo antes.

Sin titubeo alguno, Aguirre trepó hasta el orificio de entrada. Se halló en la cámara estanca cuya puerta interior también permanecía abierta. Antes de penetrar en el interior se volvió hacia sus amigos. En la abertura de la entrada distinguió la silueta de Lindberg recortándose a contraluz del intenso sol exterior.

—Ahí fuera no hay ya quien resista este terrible calor — anunció el recién llegado, dejando sobre el piso metálico la inseparable emisora, para poder izarse.

—Esto parece deshabitado. Vamos a recorrer su interior, mientras no nos lo impidan los dueños de la casa.

Aguirre no esperó más. Seguido de Lindberg se adentró en las entrañas del «Laika» Todo estaba sumido en sombras allí dentro. El mecánico del «Silver Star» acudió en auxilio de su comandante, alumbrando el recinto con una linterna eléctrica.

—Voy a ver si es posible iluminar esto — dijo, entregándole la linterna.

La luz de la linterna describió un lento círculo que tenía como centro la propia linterna, mientras Lindberg trataba de localizar el probable conmutador. Lo halló después de afanosa búsqueda y tras algunos fracasos. La luz que despidieron las lámparas era muy débil, pero suficiente.

La sala circular de bajo techo en la que se hallaban no parecía contener parte vital alguna del «Laika». Hasta el piso superior se llegaba utilizando una liviana escalera de tramos paralelos muy próxima a la pared curva. No resultó una operación demasiado cómoda llegar hasta él debido a la forzada posición del proyectil interestelar.

También aquella dependencia estaba desierta como todos esperaban, pues daban por sentado que nadie habitaba actualmente en el «Laika». Desde allí, Lindberg dio varios gritos en ruso, idioma que dominaba a la perfección, para comprobar que, efectivamente, nadie había en el resto de la astronave. Únicamente el eco respondió a sus llamadas.

—Parece que somos los únicos seres vivientes que hay aquí — opinó Saunders.

—Así debe de ser — respondió Aguirre —. Veamos el resto.

Algún tiempo después se convencían de su soledad. El estado del «Laika» era perfecto en su interior, sin más averías que las ocasionadas por el choque contra la superficie de la Luna; no demasiado violento, a juzgar por los desperfectos.

De todo esto sacaron la conclusión de que la astronave no llevaba posada en la Luna más de tres o cuatro meses.

Los cuatro expedicionarios se reunieron en la plataforma inferior.

—Bien — dijo Maston, mientras se dedicaba a abrir una lata de conservas naturales, inopinado botín hallado en una dependencia del «Laika» que debió estar dedicada a bodega y almacenamiento de víveres—. Es preciso reconocer que los rusos se nos han adelantado. ¿Qué habrá sido de ellos?

—Daria cualquier cosa por saberlo — respondió Aguirre—. Hace tiempo que no habitan su astronave. Basta dar una ojeada para convencerse de ello. No sé qué pensar.

—Quizás hayan tenido un fin trágico — apuntó Saunders.

—Es posible — comentó Maston.

—No excluyo tal posibilidad—dijo Aguirre—, perolo realmente desconcertante es que todo parece indicar que la tripulación abandonó la astronave de común acuerdo. Es de suponer que se compusiera de un número de miembros similar al nuestro. Uno por lo menos de ellos debió quedar en la astronave.

—Tal vez sucedió así — respondió Lindberg —. Pero también pudiera ser que al no regresar sus compañeros, los que quedaron aquí salieron en busca de los que no regresaban, corriendo su misma suerte.

—Todas las teorías son buenas en este caso — aprobó Maston entre bocado y bocado.

—Incluso es posible — se apresuró a decir Lindberg de nuevo — que lejos de este desierto hayan encontrado ciudades habitadas…

El extraño modo con que le miraron sus compañeros le indujo a no terminar la frase, dedicando mayor atención a la lata de conservas.

Pero Maston no quiso desaprovechar la ocasión.

—Lindberg posee un optimismo a prueba de proyectiles atómicos — apuntó socarrón—. Estoy seguro de que a pocos pasos de aquí piensa encontrar una gran ciudad con anuncios luminosos, cinematógrafos y cafeterías.

El enérgico mentón del impetuoso mecánico avanzó amenazador.

—Usted tampoco creía en lo de la torrentera — masculló con voz sorda.

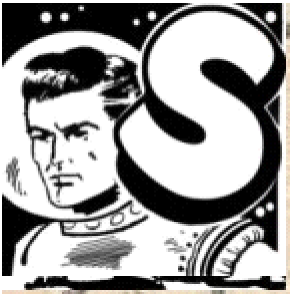
Maston no se atrevió a responder.

Saunders no pudo ocultar su regocijo y estuvo a punto de soltar una carcajada, contenida en última instancia debido a un discreto codazo de Aguirre, que se apresuró a decir:

—Pasaremos aquí el día. Tommy, será conveniente que establezca comunicación con el «Star» para enterar a Croone de que estamos sin novedad y nos disponemos a continuar nuestra exploración.

Lindberg obedeció en silencio. Tomó el aparato de radio y se dirigió al exterior para lograr una mejor comunicación. Mientras tanto, los otros se dispusieron a preparar el cobijo.

CAPÍTULO V



IETE horas duró el descanso.

Aún había luz solar cuando comenzaron los preparativos de marcha. Una nueva búsqueda a fondo en el interior del «Laika» dio como resultado el hallazgo precioso de un libro de notas, al parecer, un diario.

Fue Saunders quien lo localizó. Presa de gran excitación corrió a entregarlo a Lindberg para que tradujera las notas manuscritas.

Todos quedaron pendientes de las palabras que había de pronunciar el mecánico.

—Se trata de una agenda particular con impresiones íntimas del comandante del «Laika»— dijo por fin.

—Magnífico — comentó Aguirre—. Pero no nos tengas más tiempo en ascuas. Traduce las anotaciones de ese hombre: pueden revelar en parte el misterio.

—Lo más curioso—respondió Lindberg—es que no se trata de un hombre, sino de una mujer...

—¿Una mujer? — fue la unánime exclamación.

—¿Sin el menor género de dudas. Kira Kriev es su nombre, comandante. Kira Kriev.

—Bien, traduce de todos modos.

Con verdadera cachaza comenzó a leer Lindberg para sí. Aguirre

se impacientó.

—¿Qué sucede? ¿Es que no entiendes lo que dice?

—No es una letra demasiado clara — respondió Tommy—. Pero puedo traducir sin el menor trabajo, pero sucede que nada de lo que hasta el momento he leído tiene importancia para nosotros.

Siguió hojeando ante la general impaciencia. Al fin dijo:

— ¡Vaya! Aquí hay algo interesante. Relata que llegaron a la Luna el once de enero de este mismo año. Una inexplicable avería en el sistema de aterrizaje hizo que la maniobra fallase afortunadamente a escasos metros del suelo, con las consecuencias que nosotros mismos hemos podido comprobar.

Hizo una breve pausa.

—¿No hay nada más? — inquirió Aguirre.

—En este día no dice otra cosa. Pero sigue. Habla de salidas al exterior y breves expediciones, pero no parece que hayan descubierto aún la existencia de atmósfera. Hay detalles de orden técnico — siguió pasando hojas en silencio—. ¡Hola! Aquí habla de dos componentes de la expedición que no han regresado al «Laika» en el plazo de tiempo previsto. En el día siguiente expresa su temor de que algo irremediable haya sucedido a los ausentes. Dos fechas después escribe que se dispone a salir con su único acompañante en busca de los otros dos y aquí cesó de escribir.

—No es gran cosa lo que hemos averiguado — comentó Aguirre con desaliento—. Únicamente que eran cuatro y que, por un motivo que desconocemos, dos de ellos se extraviaron, como parece sucedió también a Kira Kriev y su último hombre. Mi opinión es que no vamos a encontrarlos con vida después de tanto tiempo. Exploraremos los alrededores y, si nada hallamos, proseguiremos nuestra exploración, teniendo la precaución de ir componiendo un improvisado mapa que nos ayude a regresar hasta aquí. Y deberemos extremar las precauciones, pues es posible que tropecemos con el mismo peligro que nuestros antecesores. Y es lógico pensar así, porque, siendo .la atmósfera respirable, otra causa será la que ha motivado el extravío de los rusos. Y ahora, en marcha.

Caminaron bajo el sol ardiente, protegidos los ojos con las gafas que habitualmente usaban para tomar las «duchas» de rayos ultravioleta, previstos también para combatir la intensa luminosidad de la luz solar en la Luna, si bien ésta no era tanta como se había

supuesto.

Exploraron las inmediaciones del «Laika» sin hallar el menor rastro del paso de sus tripulantes. Ante la infructuosidad de sus pesquisas, Aguirre decidió proseguir la marcha en una dirección que eligieron al azar.

El paisaje no varió en lo más mínimo, pero ahora resultó relativamente fácil hallar algunas muestras de vegetación, aunque raquítica. Dos horas más tarde hallaron el primer vestigio de agua.

Se trataba de una charca de cieno o barro espeso. Pero lo verdaderamente sensacional era que en él pudieron advertir varias huellas producidas por calzado parecido al que el grupo de Aguirre usaba como parte integrante del equipo especial.

—Por aquí pasaron los hombres del «Laika»— dijo Maston.

—Por lo menos uno de los grupos siguió esta dirección — añadió Aguirre —. Es posible que sepamos qué ha sido de ellos. Sigamos.

Poco después se vieron caminando por una estrecha garganta entre dos altas escarpaduras. La garganta comenzó a perder nivel y los expedicionarios se vieron dos horas después en una gran hondonada festoneada en ambos lados por gigantescas cordilleras, teniendo aquélla como fin una elevada meseta que parecía tan lejana que no pudiera alcanzarse en menos de cuatro jornadas.

Los terrestres se detuvieron unos segundos. La perspectiva del desolado paraje que se extendía frente a ellos les turbó. Era un desierto que les recordó al terrible Valle de la Muerte de California.

Muy cerca de donde se habían detenido manaba uña pequeña fuentecilla. El excesivo calor y las precarias raciones de agua a que se habían sometido desde que abandonaron el «Star» despertaron la sed de los expedicionarios.

—¿Qué hacemos? — preguntó Maston —. ¿Seguimos adelante, o desandamos el camino y eludimos este desierto? Esa fuente parece ser un aviso. Y ahí abajo el calor debe de ser terrible.

—En estos momentos me agradaría desposeerme de toda responsabilidad — respondió el mayor Aguirre—. No puedo obligarles a seguir adelante, pero algo me dice que tras este desierto… En fin, no me atrevo a confesar mis pensamientos: los considero infantiles. Sometámoslo a votación. Yo, por mi parte estoy decidido a continuar.

—Mi voto para ti— ofreció Tom Lindberg.

Entonces Maston se dirigió hacia la fuentecilla. Con sumo cuidado tomó un poco de agua y la sorbió.

—Parece potable — comentó.

Luego llenó su cantimplora y se puso de nuevo en pie.

—Vamos. Estoy listo —dijo nuevamente.

Hicieron acopio de agua y se envió un mensaje a Croone, comunicándole la decisión tomada. Lindberg procuró darle, una idea exacta del punto en que iniciaban la marcha.

Inmediatamente después se adentraron en la Hondonada de la Fuente, como la bautizaron desdeaquel momento. Pero no habría de transcurrir mucho tiempo antes de que le cambiaran tan bucólico nombre.

Aún caminaron mucho tiempo hasta alcanzar el nivel mínimo del desierto.

El calor era intensísimo, a pesar de que eran las últimas horas de sol. Los expedicionarios abrieron las cremalleras dobles de los complicados trajes, tratando inútilmente de combatir el sofocante calor.

Pese a que avanzaban a grandes saltos, consumiendo enormes distancias, con mínimo esfuerzo, pronto la fatiga hizo acto de presencia. Pero sobre ella y destruyendo las voluntades estaba el calor.

Lindberg parecía ser el más afectado por él, pues estaba cubierto de continuo sudor. La brutal transpiración le obligaba a beber agua con harta frecuencia.

Aguirre le alivió de la emisora, pero aun así, Tom seguía acusando los devastadores efectos de los rayos solares. Finalmente, desesperado, se despojó de la parte superior del traje y trató de quitarse toda clase de ropa. Y, en efecto, poco después avanzaba con el torso desnudo.

Más Aguirre lo advirtió a tiempo.

—¿Qué locura es ésa, Tom?—le gritó.

—No puedo resistir por más tiempo este terrible calor.

—A pesar de ello debes cubrirte inmediatamente.

—No lo haré.

—Te obligaremos a ello. Si no te proteges contra el sol, tu cuerpo no será, dentro de unas horas, sino una enorme llaga.

Pero Lindberg estaba como enloquecido y apenas debía oír lo que se le decía. Lejos de obedecer, pretendió seguir quitándose más ropa.

Saunders se situó tras el gigantón y le sujetó los brazos. Más de poco hubiera servido su acciónsin la inmediata intervención de Aguirre, pues Lindberg se disponía a hacer saltar sobre su cabeza al radiotelegrafista, a pesar de sus escasas energías. Pero el mayor golpeó enérgicamente el mentón del mecánico, que se derrumbó semidesvanecido.

Sin nueva resistencia dejó que le arroparan otra vez.

Su estado exigía un ligero descanso fuera del alcance de los terribles rayos solares. Pero en toda la extensión que abarcaba la mirada no existía ni la más remota posibilidad de sombra o rincón donde cobijarle.

Transportarle, dado el estado de agotamiento de sus compañeros, era punto menos que imposible.

—La noche no puede tardar ya —comentó Maston frunciendo el entrecejo.

—¿Cree que es grave lo de Tom? — preguntó el mayor Aguirre.

—Puede serlo si continúa expuesto al sol — respondió el doctor —. Nosotros mismos estamos corriendo su mismo riesgo.

—Bien. Pues esperaremos aquí hasta que sobrevenga la noche y procuraremos darle sombra con nuestros propios cuerpos.

Nadie hizo el menor comentario. Tanto daba seguir caminando como quedar allí. De cualquier modo no había modo de escapar al implacable castigo del calor.

Su suerte dependía de que lograran resistir hasta el advenimiento de la noche. Transcurrió lentamente el tiempo, agobiante, terrible.

Súbitamente Maston se desplomó sobre Lindberg.

Aguirre miró al cielo. El horizonte adquiría tintes violáceos. Era inminente la llegada de la noche. . Contempló a Saunders, que, animoso, le dirigió una sonrisa.

—Creo que podremos resistir,

Con menor rapidez de la que quisiesen se inició el fugaz crepúsculo.

Casi inmediatamente se hicieron notar sus beneficiosos efectos. Una suave brisa mitigó el sofocante calor. Pero a los dos supervivientes no engañó tal alivio. Sabían que inmediatamente después venia el mordiente frío de la noche selenita.

Abrocharon sus ropas y las de los desvanecidos, quedando a la espera de que éstos se reanimaran. Ni siquiera les quedaba el consuelo de encender una hoguera, porque ni tenían con qué producir fuego, ni leña en la que prenderlo.

Afortunadamente, el frío obró milagros en las víctimas del calor. Contrariamente a lo que esperaban, fue Lindberg quien primero comenzó a dar muestras de recuperación, y pocos segundos después, Maston estaba en pie, aunque vacilante.

—Nos ha salvado la noche — reconoció Maston.

—En efecto: si hubiéramos emprendido la marcha sólo tres horas antes, no habríamos salido con bien de esta aventura — opinó Saunders.

—Lo que realmente causa satisfacción es saber que nos hemos librado esta vez — replicó Aguirre.

—Aún no hemos escapado de este infierno — arguyó Lindberg, a quien el desierto parecía haber vencido.

—Tenemos toda la noche por delante, Tom — contestó Aguirre—. Es mucha la distancia que podemos recorrer en ese tiempo. Creo que hoy mismo saldremos de la hondonada y volveremos a encontrar agua, y hasta es posible que caza.

Con el ansia de abandonar cuanto antes aquellos desolados parajes, iniciaron de nuevo la marcha reuniendo sus fuerzas en un último esfuerzo.

Llevaban dos horas de marcha cuando Lindberg, al aterrizar de uno de sus poderosos saltos, incomprensiblemente trastabilló y cayó al suelo.

La alarma fue general, pero ante el asombro de todos se puso inmediatamente en pie y les hizo señas de que se le aproximasen.

—¿Qué sucede, Tom? — pregunté Aguirre.

—Ved la causa de mi caída — y al decir esto mostraba un objeto de material transparente.

—Parece una escafandra como las nuestras — dijo Aguirre, una vez hubo examinado ésta.

—¿Cree que pueda pertenecer a algún tripulante del «Laika»? — preguntó Saunders.

Aguirre se encogió de hombros.

—¿Podemos creer otra cosa? Es lo más lógico.

—Particularmente comparto la opinión del mayor— dijo Maston —. Y creo que este segundo rastro pertenece a los mismos que dejaron sus huellas en la charca. Quizás estamos más cerca que nunca de esclarecer el misterio que envuelve la desaparición de los tripulantes del «Laika».

—Sigamos adelante — ordenó Aguirre.

Como surgida de la inmensa negrura de la noche apareció ante ellos una escarpadura. No se vaciló. De común acuerdo iniciaron la escalada, que resultó breve. Se vieron en una altiplanicie cuyo suelo estaba cubierto por una suave vegetación musgosa.

A medida que seguían avanzando, nuevos signos de vida aparecían ante los terrestres. El terrible desierto había quedado detrás de ellos. El conocimiento de este hecho espoleó a los expedicionarios.

Se adentraron más y más en aquella elevada planicie. La vegetación aumentó progresivamente y pronto se hallaron en el corazón de una verdadera selva en la que pronto resultó difícil seguir avanzando.

El grupo se detuvo.

—Establezcamos aquí nuestro campamento hasta que luzca de nuevo el sol — propuso Aguirre.

La orden fue bien acogida por todos.

—Seria agradable cantar con un buen fuego ahora — comentó Saunders.

—Nada impedirá que disfrutemos de él, si hay leña seca por aquí — respondió Lindberg.

—¿Con qué lo encenderemos?

—Con fósforos, naturalmente — contestó Lindberg. Y uniendo la acción a la palabra, desabrochó las cremalleras dobles de su traje y rebuscó entre sus ropas interiores—. Aquí están, ¡Y cigarrillos!

Si la posesión de fósforos por parte del mecánico había resultado sensacional, la ostentación de los cigarrillos causó estupor entre el resto de los tripulantes del «Star».

Fue Aguirre el primero en expresar su sorpresa.

—¿Cómo es posible que tengas cigarrillos y lleves fósforos, cuando el doctor Maston ordenó que nadie fumara durante este viaje?

En la semioscuridad, la mirada de Lindberg fue del rostro del mayor a los ojos de Maston, que le observaba con verdadero gesto de inquisición.

—No sé — respondió, encogiéndose de hombros —. Creo que la cosa no es grave. Después de todo, aquí hay atmósfera y no dependemos exclusivamente de las mascarillas de oxígeno; por tanto, nada nos impide fumar. Y lo más importante: aquí están los fósforos para encender nuestra hoguera.

—Bien —atajó Aguirre—. Busquemos esa leña y encendamos pronto el fuego.

En aquel calvero no era difícil encontrar lo que buscaban; abundaban las ramas secas, aunque no demasiado gruesas, por lo que era necesario hacer un buen acoplo, a fin de poder mantener' el fuego durante las horas que quedaban hasta el amanecer.

Pronto en el centro del claro chisporroteó una alegrehogueruela que fue creciendo a medida que la alimentaba, con leña, esparciendo cada vez más el círculo de su luz. Mientras tanto, la totalidadde los expedicionarios prosiguió recogiendo ramas secas y toda clase de hojarasca.

De pronto se escuchó un grito de horror lanzado por Maston. El resto corrió hacia el lugar por el que creyeron haber escuchado la angustiosa llamada del doctor. Nuevas voces de éste dieron su posición exacta.

— ¡Socorro! —gritaba—. ¡Una serpienteme está atacando!

A la confusa luz de las llamas de la hoguera pudieron ver a Maston debatiéndose en la fronda bajo la presunta presión de un cuerpo cilíndrico que se arroscaba a su cuerpo.

Lindberg reaccionó inmediatamente. Lanzando un grito de aliento se abalanzó en auxilio de Maston, llevando en su mano derecha, como única arma, un pequeño leño.

Con verdadera furia descargó varios poderosos golpes contra aquel ser. Pero otro nuevo brotó de la espesura, abatiéndose sobre el mecánico. Éste se revolvió inmediatamente y asió con su mano izquierda al nuevo atacante sin cesar de golpear a diestro y siniestro, hasta que, su rudimentaria arma se quebró inopinadamente. Entonces sus dos manos tiraron de su enemigo, en un vano intento de desprenderse de él.

Su poderoso tirón tuvo la virtud de descubrir la verdadera identidad de la bestia que les atacaba. La sorpresa dé los terrestres no tuvo límite cuando pudieron advertir que las supuestas serpientes no eran sino una sola bestia. Un horrendo monstruo muy similar a un pulpo.

Nuevos tentáculos, pues, tal eran, flagelaron el aire y derribaron a Lindberg. Otros sujetaron a Aguirre, que había acudido en socorro de sus amigos, y lo alzaron del suelo.

El joven Saunders contemplaba horrorizado laescena. Únicamente él había podido eludir los ávidos tentáculos. El escalofriante espectáculo le tenía como hipnotizado y no parecía resuelto a tomar determinación alguna.

Al fin, como sacudiendo su estupor, echó a correr hacia la hoguera, no tardando en regresar armado con dos gruesos tizones encendidos.

Con gran decisión se aproximó al gran pulpo y hundió uno de los palos encendidos en la carne fofa y húmeda.

Casi inmediatamente cesó la presión de los tentáculos y sus tres presas quedaron libres de tan desagradable abrazo.

El gran cefalópodo se dispuso ahora a hacer frente exclusivamente a su último y peligroso atacante, que tan dolorosamente le había herido.

Se alzó velocísimamente sobre parte de sus tentáculos, mientras los restantes agitaban amenazadoramente el aire buscando a su contrincante. Extraños bufidos se escapaban de la oculta garganta del monstruo y eran, sin duda, exteriorización del dolor que experimentaba por la formidable quemadura que el pecoso Saunders le infiriera. Este quedaba ahora solo frente a su respetable enemigo

esgrimiendo la otra antorcha. Pero sus liberados amigos sabían ya cómo hacer frente a aquel molesto huésped.

Pese a ello, Lemmy quedaba a merced del monstruo, mientras los otros no se proveyeran de teas encendidas.

Avanzó el pulpo, al que la luz de la hoguera vacilante, daba visos escalofriantes, y Saunders cedió terreno, presentando siempre como escudo la ardiente rama.

Un tentáculo llegó hasta él con la velocidad del látigo, pero al radiotelegrafista le bastó aproximar el fuego al peligroso lazo para que el cefalópodo desistiera. Más de pronto todos los tentáculos se movieron vertiginosamente y el muchacho se vio desarmado y preso.

La nauseabunda bestia lo atrajo hacia si con inequívocas intenciones. Saunders vio con horror dos grandes ojos rojos de acuchillado iris ante sí, y una repugnante boca armada de afiladas agujas óseas que se abrió desmesuradamente.

Cerró los ojos horripilado.

El escalofriante chillido que lanzó el monstruo hizo estremecer a Saunders.

Aguirre, Maston y Lindberg habían acudido a tiempo en defensa de su compañero. Atacaron casi al unísono, buscando las partes del pulpo que creyeron vitales.

Los tentáculos que aprisionaban al radiotelegrafista soltaron a éste, y, rápidamente, con mayor velocidad que era dado suponer en aquella masa fofa, el monstruo desapareció entre el follaje, dejando tras de sí el eco de sus furiosos berridos.

Afortunadamente nadie tenía heridas. Apresuradamente hicieron acopio de leña y regresaron a la fogata, dispuestos a no alejarse de ella hasta que hiciera su aparición el sol.

Pretendieron dormir al abrigo del fuego, pero apenas lo consiguieron, pues durante toda la noche fueron visitados por invisibles animales que les observaron desde la oscuridad, pero a los que el fuego mantuvo constantemente alejados del campamento.

Aunque ya estaban acostumbrados al fenómeno, la súbita aparición del sol les maravilló. A su luz la selva cobró exótica belleza. Los colores eran intensísimos e insólitos. Lo cual, unido a la inmensa luminosidad del día selenita, constituía una verdadera borrachera de luz y color.

Allí la temperatura no era demasiado rigurosay Aguirre decidió que continuar la marcha era lo más adecuado.

Avanzaron a través de la selva, llevando previsoramente sendos bastones de afilada punta a modo de rudimentarias lanzas, para el caso probable de tropezar con cualquier fiera peligrosa.

Durante la marcha les sorprendió una copiosa lluvia que duró casi dos horas. Las nubes procedían de la evaporación del agua de la misma selva, pues antes estuvieron viendo durante algún tiempo cómo nubes de vapor se desprendían de ella, ascendiendo hacia el cielo e iban agrupándose a cierta altura, no demasiada, donde se enfriaron, produciendo la lluvia. Este hecho les hizo suponer que la envoltura de atmósfera respirable de la luna no era mucha.

Y de súbito desapareció la selva. Frente a ellos se extendió una gran llanura de color negruzco. En el horizonte se recortaba la silueta de una gran cordillera de cráteres.

—¿Seguimos? — preguntó Maston.

—¿Y por qué no? — fue la respuesta de Aguirre.

—Hemos ido demasiado lejos y corremos el riesgo de no poder regresar al Star.

—Únicamente un accidente podría evitarlo — respondió Aguirre.

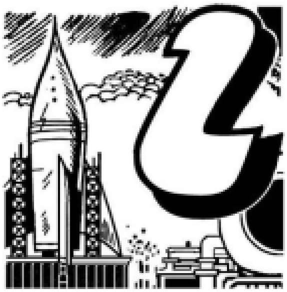
—Bien—dijo Maston encogiéndose de hombros—. Quizá Croone se impaciente.

—No tiene por qué hacerlo. Sabe que nos hallamos perfectamente.

—Estoy de completo acuerdo.

Se reanudó la marcha. Pero toda ilusión parecía desaparecida en los expedicionarios, a excepción hecha del mayor Aguirre. Llevaban recorrido en tan corto espacio de tiempo una distancia superior a la mitad de la que hay desde San Francisco a Nueva York sin hallar lo que esperaban; seres inteligentes. Ni siquiera a los desaparecidos tripulantes del «Laika».

CAPITULO VI



A monotonía de la marcha se vio destruida por un curioso hallazgo. Solitaria en la sabana hallaron una hermosa planta que parecía dotada de vida. Sus bellas flores llamaban la atención por lo vistoso de sus colores. Apenas estuvieron junto a ella las flores se cerraron y sus ramas parecieron replegarse.

—Extraña planta — comentó Maston.

—Extraña y sumamente rara — reconoció Aguirre.

Saunders se aproximó más que los otros y al hacerlo sus fuertes botas troncharon un tallo. La planta se replegó aún más sobre sí misma y se erizó de afiladas púas.

—Cuidado — advirtió Maston —. Esas espinas pueden ser venenosas.

Antes de que Saunders hubiera podido llegar a comprender el significado de las palabras del doctor, Carlos Aguirre saltó sobre él y le dio un fuerte tirón, separándolo del belicoso vegetal.

De consecuencias de la violenta gestión ambos rodaron por el suelo. Lemmy se incorporó mostrando en su rostro la misma sorpresa que, como a los otros, le había causado la inesperada acción del Mayor.

—¿Qué sucede? — preguntó,

—Examina la suela de plástico de tus botas— respondió Aguirre.

El muchacho obedeció la orden escépticamente, y un pequeño

grito de asombro se escapó de su garganta.

La gruesa suela de plástico elástico aparecía como comida por un poderoso ácido.

Todas las miradas buscaron los ojos del Mayor. Éste hizo una señaindicando la planta

—Un bello y terrible ejemplar de la flora selenita. La savia de ese arbusto es mucho más terrible que los ácidos corrosivos que conocemos. Fue una verdadera casualidad que llegara a darme cuenta y no tuve tiempo de avisarte.

Lemmy miró aterrorizado a la planta. Para demostrar su aserto, Aguirre, dejó caer un pequeño objeto metálico en el jugo que manaba de la tronchada rama. Tardó escasos segundos en desaparecer.

—Es horrible — balbució el pecoso—. Casi peor que el monstruo que nos atacó anoche.

—Todo parece ser igual en este maldito satélite— bramó Lindberg —. ¡Su clima, sus alimañas, las plantas...! No experimento el menor placer de seguir pisando su suelo.

—Comparto la opinión con Lindberg — dijo también Maston.

Lemmy Saunders estaba demasiado asustado para poder decir nada. El pequeño motín parecía a punto de triunfar, cuando inesperadamente sucedió algo imprevisto, aunque deseado.

Un agudo silbido advirtió a los terrestres de la presencia en el cielo de un extraño artefacto volador.

— ¡Atención a eso! — exclamó Aguirre.

—¡Al fin seres humanos!—gritó Maston.

La curiosidad desterró cualquier sentimiento de temor.

Los ocupantes del aparato volador debieron advertir la presencia de los terrestres, pues la aeronave cambió de súbito de rumbo, virando casi sobre sí misma, en una maniobra que maravilló a los que la observaban.

— ¡Es asombroso!—murmuró Lindberg—. ¡Qué maravillosa técnica!

El aparato necesitó menos de dos minutos en posarse a relativa distancia de los viajeros de la Tierra. Su forma no podía ser más

sencilla, al menos en lo tocante a su estructura exterior; una plataforma circular con triple tren de aterrizaje y una cubierta en forma de casquete esférico de material transparente. En la parte inferior de la plataforma había una tobera por la que escapaban abundantes gases.

Ante la expectación de los terrestres, ocho seres descendieron de la aeronave. De no haber sido por su elevada estatura y desgarbado continente, los hubieran podido confundir con terrestres. Iban semidesnudos y sus escasas ropas eran semejantes a las de los antiguos egipcios. Al caminar balanceaban grotescamente sus largos brazos que casi rozaban el suelo, tomando el aspecto de escuálidos simios.

Pero la sorpresa subió de punto cuando tras ellos descendió un terrestre de edad media.

—Creo que el misterio de la tripulación del «Laika» se desvanece — comentó Maston —. Poco tiempo han necesitado para captarse a los habitantes del Satélite.

—Aproximémonos a ellos — dijo Aguirre.

Avanzaron en efecto hacía los selenitas, mas sucedió algo inesperado. A una orden del terrestre amigo de los tripulantes de la aeronave, dos deéstos apuntaron con extrañas armas al grupo. Sonó una sorda explosión y Lindberg, que caminaba en vanguardia junto a Aguirre, se bamboleó al recibir el impacto, cayendo acto seguido. Una nueva explosión, y fue esta vez Saunders la víctima.

Aguirre, totalmente desconcertado se volvió hacia Maston.

— ¡Pronto, doctor!— gritó —. ¡Escapemos!

Maston no se hizo repetir la orden. Dio media vuelta y echó a correr, seguido de cerca por el propio Aguirre.

Más otro disparo alcanzó también a Maston, que siguió corriendo, pero inmediatamente comenzó a dar traspiés, no tardando en rodar por el suelo.

Aguirre avanzó en zigzag, alejándose progresivamente a grandes saltos.

Con gran sorpresa vio que los selenitas no le perseguían, sino que se habían detenido junto a los caídos. Comprendió pronto por qué le menospreciaban. La respuesta se la dio la misma llanura por la que avanzaba. La aeronave le alcanzaría prontamente y él no podría ocultarse en aquel páramo, que no ofrecía el menor escondite, tal era

su monotonía y desolación.

Pese a este convencimiento, siguió corriendo sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía, cuando estaba seguro de que tarde o temprano sería víctima de sus enemigos.

Efectivamente, al cabo de un buen rato de carrera creyó escuchar el peculiar silbido del artefacto volador selenita. Buscó inútilmente un lugar para ocultarse.

Pronto el avión selenita estaría sobre él y comenzaría la trágica caza. Y Aguirre no estaba dispuesto a ser la diversión de aquellos sanguinarios seres. ¿Pero cómo escapar?

El excesivo esfuerzo le había rendido. Caminaba,ahora, dando traspiés, vacilante, con la cabeza vuelta hacia atrás para descubrir la aparición del enemigo. Al fin, el odiado artefacto hizo su aparición en el cielo.

Pronto le descubrirían. Buscó ansiosamente un refugio. Nada. Quiso reanudar la carrera, pero sus piernas se negaron a secundar sus deseos. Una desesperación sorda se apoderó de él. Morir sin lucha, sin ninguna probabilidad de éxito...

De repente el suelo dejó de ser sólido y Aguirre notó, que caía en una oscura sima. Rodó durante algún tiempo por una pronunciada pendiente. Partículas de tierra penetraron en sus ojos, cegándolo, pero de cualquier modo, no habría podido ver nada, puesto que la oscuridad era total.

Se detuvo por fin. Notó que se hallaba tendido sobre un lugar arenoso y húmedo. Restregó sus ojos, tratando de ver dónde se hallaba. No pudo ver nada, pero creyó escuchar el rumor de una corriente de agua.

Apoyó sus manos en la arena para incorporarse, pero el suelo falló, y nuevamente se vio precipitado al vacío. La caída fue breve y seguida de un violentó chapuzón en agua muy fría. Dio varías brazadas. Con el traje espacial era difícil nadar. Afortunadamente, pronto pudo hacer pie. Aprovechó tal coyuntura para dejar salir el agua que se había introducido entre sus ropas y, luego, cerró las cremalleras herméticas y se colocó la escafandra. Así podría avanzar por aquella corriente de agua, que, necesariamente, en algún punto debía brotar al exterior. Rechazó, por tanto, la primitiva idea de regresar a la superficie por el mismo sitio que había penetrado, pues se exponía a ser localizado por los selenitas. Anulado el peligro de perecer ahogado en la oscuridad, no le importó seguir adelante. En el

peor de los casos saldría al exterior en un lugar distante a aquél. Sin contar con que, dada la oscuridad y la altura a que se hallaba el orificio por el que cayera, era improbable que pudiera llegar a la superficie por aquel punto.

Avanzó, pues, decidido a seguir el cauce de la corriente subterránea. En algunos lugares era posible caminar sobre el fondo y en otros se veía precisado a nadar, hasta que se vio de lleno en una fuerte corriente que le arrastró vertiginosamente. Aguirre no necesitó sino dejarse llevar.

No podía precisar el tiempo que llevaba navegando de este modo, cuando notó que la fuerte corriente disminuía de velocidad. Ello indicaba que el cauce aumentaba de caudal y pronto tendría que nadar de nuevo, tarea poco grata y altamente fatigosa. Al mismo tiempo creyó ver luz por delante de él.

En efecto, unos minutos después le fue posible ver que avanzaba por un túnel no excesivamente amplio y que indefectiblemente iba a desaguar en otro mayor, del que procedía la luz.

Se vio de pronto en un gran remanso y una espaciosa cueva en cuya parte superior había varios agujeros por los que penetraba la luz solar. A ambos lados de la corriente pudo distinguir sendas explanadas arenosas.

Estaba necesitado de reposo y dispuso que lo más sensato era dirigirse a cualquiera de ellas para descansar. Eligió la orilla más próxima.

Una vez en ella se tendió para reponer sus fuerzas. Tenía hambre y tomó varios comprimidos alimenticios, escasos ya, pero no bastaron para contentar a su estómago, que, con el violento ejercicio, necesitaba algo de mayor volumen que las pequeñas píldoras.

Esta sensación de apetito le estimuló. Se puso en pie de nuevo, con la esperanza de hallar algocomestible, aunque sin saber a ciencia cierta qué pudiera ser.

La caverna se prolongaba hacia el exterior y su suelo ascendía ligeramente, lo que le hizo concebir la esperanza de que quizá hubiera por allí una salida al exterior.

La luz no faltaba, pues, aunque a relativa altura, había boquetes por los que se introducía la luz. La gruta se fue estrechando y el piso aumentando su nivel. De pronto, al doblar un recodo hizo un fantástico descubrimiento.

En el suelo pudo descubrir una hoguera con rescoldos y cubierta de cenizas. Vio igualmente dos montones de hojarasca que debían realizar la misión de lechos y varios rústicos utensilios de cocina, así como varias primitivas hachas de piedra y mango de madera y dos lanzas de madera sumamente afiladas con las puntas endurecidas por el fuego.

Instintivamente se apoderó de una de ellas y luego empuñó el hacha mayor que encontró. Era evidente la presencia de seres humanos allí y no deseaba que se le sorprendiese totalmente desarmado.

Aquellas toscas armas le infundieron ánimo y prosiguióavanzando por la galería ascendente. Progresivamente la humedad fue desapareciendo y pronto se halló ante la salida de la gruta. La intensa luz del día le cegó momentáneamente y el candente aire le ahogó.

Cuando se acostumbró a la luz pudo darse cuenta de que a pocos metros de la salida de la cueva se alzaba la selva. Halló nuevos rastros de los propietarios de aquel refugio natural y extremó sus precauciones. Estaba decidido a alejarse de allí tan pronto como le fuera dado hacerlo.

Pero para ello sería preciso atravesar la selva. Vaciló al no saber qué dirección tomar. El azar sería quien mejor le guiara, a falta de mejor orientación.

Más antes de que pudiera alcanzar la selva le detuvo un angustioso grito que brotó de aquélla. Era una voz femenina y los gritos siguieron llegando hasta el mayor. Todo su organismo se aprestó para la lucha. Alguien estaba en peligro y se trataba de una mujer. No lo pensó demasiado.

Echó a correr hacía el lugar exacto, siempre guiado por los continuos gritos. Temeroso de llegar tarde, redobló sus esfuerzos. Cuando por fin llegó al lugar, ante sus ojos se ofreció un espectáculo similar al que presenciara la noche anterior.

Un terrestre y una mujer, igualmente de la Tierra, eran víctimas de un pulpo similar al que atacara a Maston la noche anterior. El hombre, de edad madura, no ofrecía resistencia alguna al monstruo; la mujer se debatía furiosamente, impelida, quizá, por la desesperación.

A la luz del día el cefalópodo era aún más repugnante. Sus crueles ojos de loco sanguinario se desviaron de su víctima cuando Aguirre, poseído de ciego furor dejó escapar un ancestral grito de guerra, similar a los que los hombres de la Edad de Piedra debieron proferir

frente a sus monstruos antediluvianos.

Con furia descargó su lanza contra el cuerpo blanduzco sin el menor éxito, y rápidamente esquivó la rápida presa de uno de los tentáculos. Aguirre sabía ya el modo de atacar de aquellos monstruos y volvió a la carga. Comprendía que los ojos de la bestia debía ser la parte más vulnerable de ésta, pero no se atrevía a dirigir allí sus golpes.

Se aproximó temerariamente y gritó a la mujer:

—¡Tome el hacha!

Ella pareció comprender y aferró con fuerza el mango. Una tras otra, descargó el arma repetidasveces contra el monstruo. Pero éste, indiferente al ataque, había logrado asir a Aguirre y lo aproximó velozmente a su terrible boca armada de afilados colmillos.

Aguirre, que no se permitió el lujo de perder la serenidad, y en magnífica posición, introdujo su lanza con fuerza en las fauces del monstruo valiéndose de ambas manos.

El golpe no pudo ser más afortunado, pues el pulpo experimentó una brusca convulsión y un torrente de sangre se escapó por su boca. Pero no perdió su portentosa vitalidad, lo que impidió que el mayor pudiera repetir la hazaña.

El monstruo lo arrojó con fuerza a varios metros de distancia y únicamente la maleza evitó que Aguirre se desnucara.

Había soltado igualmente a la mujer y al hombre y aquélla trataba inútilmente de arrastrar a su compañero desvanecido lejos del alcance del pulpo.

Aguirre se puso en pie y recuperó otra lanza que debió pertenecer a cualquiera de los otros. Su sangre juvenil estaba encendida por el ardor de la lucha. Deseaba vencer totalmente a su enemigo, y por otra parte el peligro no había desaparecido, pues la bestia no parecía haber abandonado la lucha, aunque sus tentáculos no eran tan veloces y peligrosos como antes.

Aguirre no le concedió cuartel. Le acosó incesantemente con su lanza buscando la ocasión propicia que le permitiera cegarla. No tardó en conseguirlo. El berrido del pulpo conmovió el ámbito de la selva, pero estaba ya vencido. Otra lanzada de suerte le dejó definitivamente ciego e inerme. El piloto norteamericano pronto dio cuenta de él.

Su rostro apareció sonriente cuando se dirigió hacia la mujer.

—Pasó el peligro — comentó, sin saber si ella podía entenderle.

La mujer, una linda muchacha, sonrió también.

—¡Gracias! —dijo en defectuoso inglés—. Le debemos la vida. Pero ¿quién es usted y de dónde sale?

—Me llamo Carlos Aguirre, aunque americano, desciendo de españoles. Usted es, sin duda, Kira Kriev. ¿Me equivoco?

La sorpresa de la joven fue mayúscula.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Ya le explicaré — respondió Aguirre—. Traslademos a su compañero hasta la gruta. ¿Está grave?

—No creo tenga la menor herida. Al menos, yo no he podido advertir fractura de huesos.

El desvanecido no era demasiado corpulento y Aguirre pudo transportarlo con alguna facilidad. Kira Kriev desenvainó un cuchillo y se aproximó al vencido monstruo, del que arrancó una loncha de carne.

—¿Qué hace usted? — preguntó Aguirre.

—La carne de esta bestia es comestible, y nuestras provisiones escasean ya.

Momentos después llegaron a la cueva y Aguirre depositó su carga sobre uno de los lechos de hojarasca. Kira se dedicó a reavivar el fuego, tarea en la que pronto tuvo la ayuda del norteamericano.

—Explíqueme quién es usted y cómo sabe mi nombre —pidió la joven sin dejar de manipular el trozo de carne, que depositó sobre unas rústicas trébedes de madera endurecida por el fuego.

Aguirre puso al corriente a la rusa de su llegada a la Luna y cómo habían hallado el «.Laika»

—¿Qué fue de sus dos compañeros extraviados?— preguntó finalmente Aguirre—. No volvieron a verlos más, ¿verdad?

—No; Pinsk — señaló al desvanecido — y yo lesbuscarnos en vano. Durante muchos días exploramos aquella desértica región en un área muy amplia, teniendo siempre como centro el emplazamiento del «Laika». Hasta que hallamos las mismas huellas que ustedes en aquella charca fangosa. Creímos que pronto íbamos a saber de nuestros

amigos, pero nos equivocamos. Penetramos en el terrible valle, de que me ha hablado usted, y fue entonces cuando descubrimos que la atmósfera de la Luna era respirable.

»A causa del terrible calor enfermó gravemente Pinsk, yo misma no estuve muy lejos de la locura. Afortunadamente logramos salir de aquella trampa mortal y llegamos hasta la selva. Después de dos días de descanso decidí que lo mejor era quedarnos en un lugar donde nos fuera posible la vida, aunque tuviéramos que vivir como salvajes. El «Laika» está imposibilitado para regresar a la Tierra y en el desierto en que se halla difícilmente hubiéramos podido subsistir. Lo más sensato era dejar transcurrir el tiempo y hallar otro camino para regresar al «Laika» algún día, sin necesidad de pasar por el terrible valle. Desde el «Laika» podría lanzar un mensaje a la Unión Soviética. No ha de transcurrir mucho tiempo antes de que nuevos proyectiles lleguen a la Luna, procedentes de allí.

»Pero... parecía usted muy seguro cuando dijo que no habíamos encontrado a nuestros dos desaparecidos. ¿Es que sabe usted algo de ellos?

—Por lo menos he visto a uno de ellos.

—Sus restos, claro...

—No; gozaba de un magnífico aspecto. Y parece que disfruta del favor de los selenitas — aquí se endureció el rostro de Aguirre—. Fue él quien ordenó el asesinato de mis amigos.

El rostro de Kira reflejó honda sorpresa.

—¿Dice usted selenitas?

—Sí, los hay, aunque le cueste creerlo.

—No puedo creerle...

—No, no suponga que estoy enfermo. Los he visto con mis propios ojos y he estado tan próximo a ellos, que ha sido un verdadero milagro que lograra escapar con vida. Puedo describir a su amigo, no lo olvidaré jamás. Es casi un viejo, pero deseo con todas mis fuerzas darle el merecido castigo por su cobarde crimen. Sé que no lo lograré jamás, pero voy a dedicar todas mis horas de vida en hallarle y hacerle pagar su culpa.

—¡Qué extraño es lo que está diciendo!—murmuró Kira—. Ninguno de mis dos hombres desaparecidos era viejo. Olaf o Kravinsky no tenían más de treinta y cinco años. Ninguno de ellos

puede ser ese hombre que usted describe.

—¿Cómo puede ser eso posible? — exclamó Aguirre, totalmente desconcertado—. Le vi bien y sé que se trataba de un terrestre. No cabe lugar a error. Si no era uno de sus hombres, ¿quién puede ser? ¿Será posible que otros terrestres hayan llegado con anterioridad a nosotros? Y en tal caso, ¿qué motivos pueden tener para no desear compartir su conquista? ¿A qué nacionalidad pertenecen?

Kira se encogió de hombros.

—Demasiadas preguntas para dar respuesta a todas— comentó—. Lo que sí puedo asegurar es que, de ser ciertos sus datos, ese hombre no pertenece a la dotación del «Laika».

Aguirre parecía obsesionado por aquel inexplicable enigma.

A pesar de ello comió con verdadero apetito, y hubo de reconocer que la carne del «Pulpo» era bastante aceptable.

Finalizada la comida, Kira se retiró hacia el fondo de la cueva. No tardando en regresar. Un prodigioso cambio parecía haberse operado en su persona. Había lavado su rostro y manos y de un modo inexplicable traía sus cortos cabellos peinados con verdadera gracia.

—¡Vaya!—exclamó Aguirre gratamente sorprendido—. Es usted una verdadera tentación.

El entrecejo de Kira se frunció amenazadoramente. Mientras mojaba el rostro de Pinsk con el agua que en un recipiente había traído, dijo:

—Tenga cuidado con suspensamientos, no le vayan a jugar una mala pasada. No crea que he llegado a ser comandante del Ejército Rojo vistiendo trajes de noche. Puedo llegar a ser un incómodo enemigo.

Aguirre rio divertido.

—No se inquiete; mi imaginación no suele trabajar excesivamente en ese sentido. Mis pensamientos son limpios. Pero, a pesar de sus amenazas, me atrevo a decirle que es usted un comandante maravilloso.

A Kira no pareció producirle el menor efecto el cumplido del norteamericano. Pinsk daba las primeras señales de vida. De pronto prorrumpió en fuertes alaridos de terror. Aguirre hubo de acudir para sujetarle.

—Temo que este hombre haya perdido la razón— dijo en voz baja a la muchacha.

Ella asintió con la cabeza.

—El calor primero, y la terrible impresión de hoy deben haber trastornado su cerebro — un sollozo se escapó de su pecho—. Era para mí como un padre. Le conozco desde hace mucho tiempo.

Pinsk se calmó paulatinamente hasta quedar dormido de nuevo.

—Una nueva contrariedad — dijo Aguirre —. Alentaba la esperanza de que entre los tres pudiéramos regresar a la Tierra en el «Silver Star». Pero ahora.

De pronto su rostro se iluminó.

—¿Cómo pude olvidar a Croone? — casi gritó—. Hemos de ponernos inmediatamente en camino hacia el «Laika» y llegar a él cuanto antes para tranquilizar a mi amigo. Podremos llegar a la Tierra otra vez.

—Pero Pinsk no podrá realizar el viaje hasta dentro de unos días.

—Habrá de intentarlo. No podemos perder tiempo. Es lógico que quienes han dado muerte a mis amigos, y quizá a los suyos, no deseen que regresemos a la Tierra. Esto hace suponer que tratarán de localizar nuestras astronaves. Y si lo consiguen habremos perdido todas nuestras probabilidades. Así es que emprenderemos la marcha mañana mismo.

Kira Kriev engalló su linda cabeza. Su labio inferior, voluntarioso, se proyectaba con fiereza hacia delante.

—No me agrada su tono — respondió con acritud—. Ni admito que se discuta mi autoridad. Yo soy el jefe de este grupo y usted habrá de acatar tal jefatura, o campar por su respeto.

Aguirre la miró sorprendido. No sabía cómo interpretar las palabras de la joven. Al fin, rio a carcajadas.

—¿Pretende que dispute el mando hacha en mano?

—Su broma no tiene la menor gracia.

—Ni puede tenerla, ¿qué saldría ganando? ¿Tener a mis órdenes a un loco y a una fanática histérica? No; no me interesa. Yo sé cómo solucionar mis propios problemas.

Los ojos de Kira despedían llamas.

—¡Sus palabras le honran bien poco!—dijo despectivamente.

Aguirre estaba molesto, desconcertado.

—Está bien — masculló —. Reconozco que no le falta razón, pero es estúpido que en estas circunstancias haga usted uso de su orgullo. Creo que nosnecesitamos todos. Su intransigencia me ha hecho perder la razón.

Kira permaneció muda, sin abandonar su aire digno, lo que pareció desquiciar totalmente al norteamericano.

—¡Hable! ¡No me mire como si fuera un aparecido! ¡Diga algo!—gritó—. ¿Qué he de hacer? ¿Recoger leña? ¿Lavar la ropa, o limpiar la cueva?

Mas la rusa no le prestaba la menor atención. Todos sus cuidados los dedicaba a Pinsk, cuyo agitado sueño parecía vigilar.

Lanzando un bufido, Aguirre se dirigió hacia la salida de la cueva, donde quedó apoyado mirando hacia la selva.

En esta posición permaneció mucho rato. De pronto un temido silbido le sobresaltó. Miró hacia el cielo visible por encima de las copas de los primeros árboles y descubrió la odiada silueta del aparato volador selenita. Lanzó una imprecación y se volvió hacia el interior de la gruta. Al hacerlo tropezó con Kira.

—¡Vea! —gritó excitado—. ¡Ahí los tenemos!

La joven miró hacia donde el pilote le señalaba. Sus grandes ojos decían de asombro y estupor.

—Es realmente asombroso — dijo—. ¡Selenitas!Y parecen muy adelantados en conocimientos...

—Espere a que nos descubran y podrá saberlo, aunque... será demasiado tarde.

—¿Por qué no deja de hablar en ese odioso tono?

Aguirre apretó sus labios con fuerza.

—¡¡Oiga...!! — explotó al fin.

Pero no pudo decir lo que deseaba. Una mano de la mujer tapó su boca.

—Creo que necesitaremos mucha comida para nuestro viaje hasta el «Silver Star» — dijo Kira—. ¿No cree que sería conveniente descuartizar al monstruo y ahumar toda la carne que podamos?

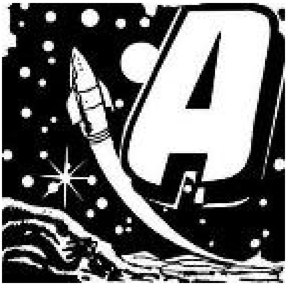
Aguirre quedó como idiotizado ante la luminosa mirada femenina.

—Creo… creo que sí — dijo lentamente.

—Pues, manos a la obra, lugarteniente.

—¡Gracias por el ascenso, comandante! — rio Aguirre, tomando el cuchillo que ella le tendía—. No tardaré demasiado. Tenga preparado un buen fuego.

CAPITULO VIII



GUIRRE empleó más tiempodel que imaginara. La aeronave selenita había desaparecido mucho antes de que él llegara a la cueva con la carne. Allí, Kira le demostró que había sabido emplear bien el tiempo.

Tenía preparados dos odres con agua y varias pieles sin curtir que, unidas, podrían constituir una improvisada tienda con cuya sombra sería más fácil mitigar el ardiente sol del desierto.

Invirtieron más tiempo del que Aguirre hubiera deseado en ahumar los trozos de carne que trajera de la selva.

Finalmente, todo estuvo listo y emprendieron la marcha. Todo el resto del día caminaron a través de la espesura, llegando al límite de la selva cuando se iniciaba el fulminante crepúsculo. De común acuerdo decidieron proseguir la marcha durante la noche para ganar tiempo.

Quedó atrás un gran páramo y el sol les sorprendió frente al terrible valle del Terror. Este fue el nombre que Kíra le dio.

Poco antes de llegar a él hablan repuesto la provisión de agua y apenas consumieron carne, alimentándose durante la marcha por la selva con frutos comestibles que Kira conocía.

Pinsk no estaba restablecido del todo, pero les seguía sumiso, como un autómata. Aguirre escrutaba constantemente el cielo por si la aeronave selenita hacía su aparición. Tenía el pleno convencimiento de que sus enemigos estaban decididos a localizarles y no cejarían en la búsqueda.

Se disponían ya a descender al valle, cuando el odiado silbido

rasgó el aíre. La aeronave cruzó el cielo como una exhalación por encima de ellos a una velocidad superior a la de los más rápidos aviones a reacción terrestres. Volaba demasiado alto y Aguirre quiso creer que no les habían localizado.

—Busquemos un refugio donde ocultarnos hasta que desaparezca ese maldito artefacto — dijo.

Kira asintió con la cabeza.

—Allí — señaló Aguirre.

El escondrijo lo constituían unas rocas y algunos matorrales, pero eran suficientes para que desde el aire no pudieran descubrirles. Transcurrió lentamente el tiempo sin que la aeronave regresara. Aguirre, nervioso por la espera, ordenó:

—Vamos; es posible que se hayan marchado.

Prosiguieron el camino, pero ahora inquietos. De súbito Aguirre descubrió la aeronave selenita. ¡Estaba posada en el valle y oculta hasta entonces por una gran roca!

El norteamericano lanzó un grito de aviso totalmente innecesario, pues Kira la había descubierto al mismo tiempo que él. Inmediatamente aparecieron los selenitas. Su caminar era muy lento y sus ademanes simiescos, pero iban armados. Y Aguirre sabía de la efectividad de sus armas. Esta vez no descubrió al terrestre que los comandaba, pero tampoco importaba, los selenitas les apuntaban ya con sus extrañas armas.

Sonó el primer estampido y el proyectil debió perderse al no alcanzar blanco alguno.

—¡Corramos! — gritó el mayor Aguirre —. ¡Es probable que nuestro desplazamiento sea mucho más rápido que el de ellos!

—¡No podemos abandonar a Pinsk! —repuso Kara angustiada.

Aguirre, fuera de sí, dio un salto y agarró por un brazo al ruso, más en el mismo instante notó que el cuerpo del mismo recibía un impacto. Pinsk se le escapó de las manos.

—¡Vamos ya, Kira!

Pero la muchacha se inclinaba sobre el cuerpo del caído. Aguirre la obligó a ponerse en pie.

—¡No podemos perder más tiempo! ¡Ya no puede hacerse nada por el! —volvió a gritar Aguirre cuyos ojos flameaban—. ¡Vámonos, Kira!

Pero era demasiado tarde. Notó perfectamente la convulsión del cuerpo de la muchacha y su gesto de estupor. Un pegajoso líquido se extendió sobre el pecho de Kira, tiñéndolo de carmesí. El liviano cuerpo quedó laxo. Pero antes Aguirre había visto algo que le hizo lanzar un grito. Después, él mismo sufrió otro impacto y sin experimentar el menor dolor se vio descender en una profunda sima. Un velo rojo nubló su vista…

* * *

Archibald Croone arrojó con rabia los auriculares contra la pequeña emisora.

Desde hacía cuarenta y ocho horas no había recibido el menor mensaje de sus compañeros. Milencontrados pensamientos vinieron a su pensamiento. Bien que los otros prolongasen su viaje hasta donde lo creyeran conveniente, pero que no dieran señales de vida era algo que le sacaba de quicio. Claro que tal podía deberse a variados motivos, cuales una avería, parásitos atmosféricos, influencia magnética y mil otras causas. Pero Croone pensaba lo peor.

No le atemorizaba la idea de estar solo en la Luna, sino la suerte de sus compañeros, que, quizá, habían corrido semejante suerte a la de los expedicionarios rusos, de quienes le dieron noticias días antes. Tácitamente fijó un plazo de veinticuatro horas de espera.

—Si transcurrido ese tiempo — pensaba — no dan señales de vida, liaré mi petate y saldré en su busca.

Más transcurrió el tiempo y la emisora permaneció muda; fría ante la ansiedad mal contenida de Croone, que para aburrir sus ocios trataba de analizar las muestras de mineral que le trajeran en la primera expedición.

Tras una hora de prórroga, Croone decidió abandonar el «Silver Star» y marchar en busca de los desaparecidos. Tenía una idea somera de la ruta seguida por sus compañeros; reunió lo que creyó conveniente y lanzó una última mirada a su equipaje, por si necesitaba algo más de él. Rebuscó en la pequeña valija y de pronto sus dedos tropezaron con un objeto duro. Una pistola automática. No

tenía la menor idea de que estuviera allí. Sin duda, puesto que era una maleta de la que nunca separaba en sus viajes, había quedado olvidada allí al hacer su equipaje. Y aunque su distracción era proverbial entre los que le trataban, no podía imaginar cómo aquello había escapado al riguroso control de la Comisión de Peso Innecesario de CaboCañaveral. Se encogió de hombros y, tras convencerse de que estaba cargada, la guardó entre sus ropas.

Tomó la voluminosa impedimenta y se dirigió a la puerta estanca. Cerró la compuerta desde el exterior y comenzó a caminar sin descanso. Más pronto se convenció de que con aquel exagerado cargamento no llegaría demasiado lejos. Poco a poco fue dejando un continuo rastro tras de él, al arrojar las cosas que creyó de menor importancia, hasta que horas después no llevaba consigo más que dos cantimploras de agua, tres latas de conservas vegetales y dos de aumentos comprimidos.

Próxima la hora del crepúsculo buscó un lugar donde resguardarse del intenso frío de la noche. Pero no llegó a satisfacer su empeño. Ante sus asombrados ojos apareció una desconocida aeronave semejante a un platillo volador que volaba lentamente hacia él y se acompañaba de un penetrante silbido.

Croone quedó paralizado por el estupor. La aeronave se posó suavemente a poca distancia deél y un terrestre saltó a tierra. Croone lanzó un grito de júbilo; acto seguido echó a correr hacia el recién llegado. Pero incomprensiblemente, éste, le apuntó con un arma e hizo fuego contra él. Algo se estrelló contra su frente y una substancia oleaginosa resbaló por ella hasta llegar a sus ojos. No supo más…

* * *

Lo primero que vio Aguirre al abrir los ojos fue el rostro de Maston. Los cerró rápidamente y su cerebro comenzó a trabajar intensamente. ¿Qué había sucedido? ¿Estaba delirando? Se encontraba bien y no experimentaba el menor dolor.

Entreabrió nuevamente les párpados. Allí estaba Maston, y también Saunders. No había sido una alucinación, no. Ahora descubrió también a Lindbergh. Todos ellos vivían. Tocó las ropas del más próximo.

—¿Dónde está Kira? — exclamó, incorporándose repentinamente.

—También está aquí, comandante — respondió Maston —. Estamos todos, excepto Croone. Y no sólo nosotros, están igualmente aquí los tripulantes del «Laika».

—Pero... no comprendo nada. Os creía muertos a todos — dijo Aguirre—. ¿Qué sucedió después del ataque de los selenitas?

—No lo sabemos, pero es fácil de explicar. En aquella ocasión, las armas de los selenitas iban cargadas con cápsulas somníferas. Nos redujeron a la impotencia de este modo.

—Yo creí... En fin, ¿dónde estamos?

—Sería difícil de explicar — contestó Maston —. Desde luego, estamos prisioneros. Nos hallamos en una ciudad subterránea, al menos en parte. Ignoro qué destino nos espera. No hemos salido de esta habitación desde que nos trajeron, a no ser para ir a presencia del general Baeren...

Aguirre dio un respingo.

—¿Quién es el general Baeren? — preguntó asombrado.

—Debí comenzar por ahí— aclaró Maston —. Prepárate para la sorpresa.

—Difícilmente creo podrá sorprenderme ya nada— anunció Aguirre.

—Está bien. El general Baeren es un antiguo oficial del III Reich. Uno de los hombres que estaban cerca de Hitler cuando fue derrotado.

—No es posible cuanto está diciendo, Maston—protestó el Mayor —. ¿Quiere decir que los alemanes llegaron a la Luna, aún antes que los tripulantes del «Laika»?

—Mucho antes.

—Entonces, Baeren es aquel terrestre que descendió de la aeronave...

—No — atajó Maston—; aquél era Steinck, un hombre de confianza. Baeren es mucho más joven.

—¿Se ha propuesto que me vuelva loco, Maston? ¿Cómo puede ser tan joven un general de Hitler?

—Relataré la pequeña historia que conocemos por lo que el propio Baeren nos contó, y en parte por datos que nos han proporcionado los tripulantes del «Laika».

»Naturalmente, Baeren no era general cuando partió de la Tierra hacia aquí. Tal título se lo ha adjudicado él mismo. Y no sólo eso sino

que se titula IV Reich. Sin duda alguna, Baeren es un loco. Un loco demasiado peligroso.

»Aunque cueste trabajo creerlo, parece ser que Hitler tenía preparado un proyectil para llegar hasta la Luna y que quizá después decidiera utilizarlo para escapar. Si Hitler vino a la Luna en el proyectil que trajo a Baeren y a sus compatriotas hasta aquí es cosa que jamás sabremos. Baeren asegura que sí y que murió, en el violento aterrizaje. Uno de sus hombres asegura que ello no es más que pura invención de la mente desequilibrada de Baeren, quien asegura que Hitler hizo el viaje en una cámara secreta del proyectil y que, como ya he dicho, murió al llegar a la Luna, nombrándole a él su sucesor. Lo realmente cierto es que Baeren levantó un mausoleo en honor del dirigente del nazismo y le rinde culto ridículo, imponiendo a sus hombres, incluso a los selenitas, el respeto a esa tumba, en la que reposan los restos de un hombre cuya mayor gloria quizás no pasó de la de ser uno de los tripulantes del primer proyectil terrestre a la Luna.

—Por todo lo expuesto, Baeren es un dictadory su poder se extiende hasta los selenitas. ¿No es así?

—Así es. De cómo Baeren llegó a ejercer su autoridad es algo que ni yo mismo puedo decirlo. Los selenitas no parecen demasiado belicosos y el germano debió de valerse de sucias tretas para someterlos. Según Fritz Baum, el hombre que nos ha hecho la mayor parte de las confidencias, los selenitas gozaban de una muy adelantada civilización. Entre los alemanes abundaban los científicos y en pocos años han logrado un grado de cultura que difícilmente podemos imaginar.

»Todo parece indicar que Baeren dispone de medios con los que invadir a la Tierra. Quiero decir que podría construir astronaves con las que atacar nuestro Planeta, pero los selenitas son pocos y no puede disponer del ejército de invasión. Es nazi hasta la médula y únicamente sueña en dominar nuestro Planeta y vengar a Hitler. En tal empresa le alienta Hermann Schultz, hombre de ciencia que es su verdadero cerebro; un viejo, casi una momia, de tenebrosas ideas y que es quien ha forjado el poderío de Baeren.

—Afortunadamente, Baeren no podrá llevar a efecto sus planes, supongo.

Maston hizo un gesto vago.

—Desgraciadamente, ésta es la verdadera palabra. Baeren parece haber hallado el modo.

—¿Cómo?

—Si son ciertos los rumores, Baeren está en contacto con los habitantes de Marte:

—¿Habitantes de Marte? — Aguirre no daba crédito a lo que oía —. No es posible tanta fantasía.

—Tal vez no, pero eso es lo que se nos ha dicho.

—¿Y qué esperamos aquí? — inquirió el Mayor, poniéndose en pie.

Maston respondió con un encogimiento de hombros.

Aguirre abandonó el camastro que ocupara y se dirigió hacia el de Kira la cual estaba rodeada por sus hombres.

—¿Qué tal se encuentra?

—Desde que desperté no he experimentado la menor molestia, pero estoy totalmente desconcertada. El hallar a mis hombres aquí, sus fantásticos relatos... No sé qué pensar de todo esto.

—Tampoco yo — respondió Aguirre—. Pero algo habremos de hacer. En primer lugar, es preciso averiguar por qué nos tienen aquí. Parece ser que sus hombres fueron les primeros que llegaron aquí. ¿Cuánto tiempo hace que permanecen prisioneros?

—Puede decirse que todo el tiempo que llevamos en la Luna; cerca de los tres meses que calculan ustedes que han transcurrido desde entonces.

—Es muy extraño. Supongo que estaremos todos unidos frente al enemigo común.

—Desde luego. ¿Qué se propone?

—Nada, de momento; pero en llegando la ocasión será preciso que formemos un solo frente aliado.

—Pero hasta el momento no nos han hecho daño. ¿Por qué suponer que quieran hacérnoslo?

Aguirre se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero también es raro que se nos tenga confinados en calidad de prisioneros. Si Baeren no abriga propósitos hostiles respecto a nosotros, no es lógico que nos dé este trato.

El tiempo transcurrió lentamente. Al día siguiente Croone estuvo con sus compañeros. Y se sucedieron varios días más sin que nada importante sucediera.

—Esto parece que vaya a prolongarse hasta el próximo Diluvio — bramó Lindberg cierto día —. Nome acomoda permanecer aquí todo el tiempo que ese loco quiera.

—Tampoco yo estoy conforme — dijo Aguirre—. Hay que buscar el modo de escapar de aquí.

—Eso es más fácil de decir que de hacer — repuso Maston—. Por mi parte, estoy presto a la acción. Pero no veo el modo de salir de esta prisión. Y aun suponiendo que lo consiguiéramos, ¿cómo escapar de la ciudad? Sin armas, desconocedores de lo que nos aguarda fuera de estas paredes. Ni siquiera sabemos dónde nos hallamos.

—Un momento — pidió Croone —. Creo que no estamos totalmente desarmados.

—¿Qué dice? — preguntó Aguirre con excitación.

—Vea, mayor — dijo Croone, mostrando la pistola automática—. La hallé dentro de mi valija. La llevo siempre conmigo, aunque jamás tuve ocasión de usarla, pero en esta ocasión puede sernos de utilidad.

Aguirre tomó el arma.

—No es demasiado. Así y todo puede sernos de máxima utilidad.

Poco después se abrió la puerta de la celda. Un terrestre seguido de varios selenitas penetró en ella.

—Es Fritz Baum — musitó Maston.

El recién llegado se dirigió a los prisioneros en inglés.

—Vengan conmigo.

—¿A dónde nos lleva?—preguntó Aguirre.

—A presencia del general Baeren.

—¿Para qué?

Baum se encogió de hombros. Maston y Aguirre encabezaron la comitiva. Escoltados por los selenitas, recorrieron varios pasillos subterráneos y pronto llegaron a la superficie. Los terrestres pudieron contemplar una extraña ciudad de edificios puntiagudos, algunos de

los cuales alcanzaban alturas superiores a los cien metros. Diminutas aeronaves cruzaban el espacio.

Les prisioneros fueron llevados hasta una construcción mayor que las otras. Numerosos selenitas armados montaban guardia en los amplios corredores.

—Estamos en la mansión de Baeren — explicó Maston.

Finalmente, la patrulla armada se detuvo frente a una gran puerta y los prisioneros fueron obligados a penetrar en una vasta estancia semicircular en la que se hallaban cuatro terrestres y varios selenitas. Estos últimos permanecían sentados en ridículas posturas que recordaban a los monos. Pero, destacando entre todos, había un hombre relativamente joven que ocupaba un sitial preferente. Aguirre adivinó que se trataba de Baeren.

Los prisioneros quedaron en el centro de la habitación frente a aquella especie de jurado. Baum saludó al estilo prusiano y se retiró con la escolta.

El propio Baeren descendió de su estrado y avanzó hasta situarse a escasa distancia de los astronautas. Tenía los cabellos cortados casi al rape y sus ojos tenían un extraño brillo que producía escalofríos. Se dirigió a Kira.

—Americana también, ¿no? — dijo en tono despectivo—. Una de esas mujeres que se creen superiores a los hombres.

—Soy rusa — respondió Kira, y su gesto no era más humilde que el empleado por Baeren.

El rostro de éste se endureció hasta parecer de piedra. Sus ojos de loco homicida fulguraron siniestramente y su lengua humedeció los resecos labios.

—Aún recuerdo el día en que los tanques rusos entraron en Berlín… — Baeren giró en redondo y se encaró con Maston y Lindberg —: ¡También recuerdo a los orgullosos y fanfarrones soldados yanquis!

¡Lástima que no haya también ingleses! ¡Qué diferente ahora de aquel año 1945! Han cambiado mucho las cosas. Entonces erais vosotros los vencedores; los que nos humillaron bajo sus botas. Pero no transcurrirá mucho tiempo antes de que el IV Reich arrase y barra de la faz de la Tierra a sus enemigos y extienda su poder por toda la galaxia solar.

—Demasiado trabajo para un solo hombre — dijo Aguirre con

aplomo.

Baeren se revolvió como una víbora. Sus ojos estaban inyectados en sangre.

—¡Insolente! —bramó.

Alzó su diestra con la manifiesta intención de golpear al norteamericano. Pero éste paró con su antebrazo el furioso golpe y replicó con otro mucho más eficaz. El canto de su mano fue a dar con fuerza contra el cuello de Baeren, que rodó por el suelo.

El loco, con el rostro desencajado por el dolor y la ira, comenzó a vociferar.

Varios selenitas cayeron sobre el norteamericano, sujetándole. Baeren abofeteó repetidas veces al joven piloto. Lindberg quiso intervenir, pero Maston se lo impidió.

Baeren se retiró hacia su estrado con el rostro congestionado.

—¡Has decidido tu suerte! — gritó desde su trono.

Luego dio varias órdenes en un idioma que nadie de los prisioneros pudo comprender.

La escolta armada obligó a Aguirre a abandonar la estancia. Y poco después se veía en el interior de una estrecha mazmorra. Allí permaneció durante mucho tiempo. Tanto, que bien hubieran podido ser dos días. Al cabo de ellos le sacaron de su encierro para llevarlo a cierto lugar desde donde se escuchaba el rumor producido por las voces de muchas personas reunidas. Como la vez anterior, Fritz Baum mandaba la escolta.

—¿Qué piensa hacer ese loco conmigo? — preguntó Aguirre.

Baum miró recelosamente en todas direcciones.

—Es muy peligroso hablar así del general Baeren—respondió el alemán—. Incluso para mí, si alguien pudiera comprender sus palabras y viera que yo no le aplicaba el castigo merecido.

—Usted no parece aprobar su conducta.

Baurn se mostró aún más inquieto.

—Bien; dígame al menos lo que me espera.

—Baeren no perdona las injurias. Usted se atrevió a demasiado el

otro día y él le destina a un espectáculo público.

—¿Qué significa eso?

—¿Recuerda los famosos circos de la Roma antigua? Usted tendrá que representar un papel parecido al de aquellos gladiadores.

—¿Una lucha a muerte? — preguntó Aguirre; y ante la afirmación de Baum volvió a preguntar—: ¿Contra quién?

—¡No me obligue a hablar de esto! — gritó el alemán—. ¡Es demasiado desagradable! ¡Tendrá que luchar contra la muchacha rusa!

El rostro del piloto quedó lívido.

—¿Qué dice? — exclamó—. ¡Eso es una monstruosidad de ese cerebro enfermo! Demasiado sabe ese loco que yo no soy capaz de luchar contra una mujer. Y estoy seguro de que ella tampoco se prestará a esa locura.

—De todos modos, si no luchan entre sí, tendrán que hacerlo contra dos bestias feroces. Baeren está demasiado irritado y les ha preparado una muerte horrible.

El alemán no podía ocultar su nerviosismo. Era evidente que todo, aquello le repugnaba. Puso una corta espada en las manos de Aguirre y, tras dar una orden a los selenitas de la escolta, desaparecióbruscamente. El terrestre se vio empujado por un estrecho corredor y pronto se halló en la arena de un grandioso estadio rectangular. La muchedumbre que llenaba las gradas prorrumpió en gritos.

Detrás de él se cerró la puerta de sólidos barrotes metálicos que le impedía volver sobre sus pasos. Aguirre paseó su mirada por los atestados graderíos y la detuvo en el multicolor palacete que cobijaba a Baeren y sus incondicionales.

Con verdadera rabia sacudió la puerta de barrotes sin conseguir absolutamente nada. Un nuevo griterío llamó su atención. Pronto supo la causa; por otra salida distante a la que él había empleado, apareció Kira. Aguirre apretó con fuerza la empuñadura de su espada y avanzó hacia la muchacha, que también corrió hacia él. Quedaron abrazados en el centro del recinto.

—¿Qué va a suceder ahora, Carlos? — preguntó sollozando.

Las convulsiones del cuerpo femenino parecieron electrizar el del piloto, transmitiéndole parte de su angustia y acrecentando su furor.

No respondió a la pregunta de Kira. Se deshizo del abrazo y avanzó con grandes zancadas hacia el palacete, de Baeren.

Éste abandonó su asiento y se apoyó en la balaustrada. Su rostro tosco y de duras líneas estaba totalmente desfigurado por una sardónica sonrisa.

—Si viene a pedir clemencia pierde el tiempo, yanqui — dijo—. Es demasiado tarde.

—Nada tan lejos de mi ánimo — bramó Aguirre—. Sería inútil pedirla a un loco, únicamente quiero pedirte que aceleres nuestro fin, pues únicamente a tu cerebro podía ocurrírsele que habríamos de luchar entre nosotros.

El rostro de Baeren se congestionó ante la proclamación de su demencia. Parecía a punto de estallar, pero repentinamente su rostro se iluminó yprorrumpió en estruendosas carcajadas. Carcajadas que dieron rápido paso a una seriedad súbita. Miró con dureza al condenado.

—¿Loco dices? No; tú eres el verdadero loco — dijo—.Noes demencia, sino generosidad por mi parte. Cualquiera de los dos que venza en la lucha será perdonado. Y no dudarás — añadió, haciendo más suave el tono de su voz — de que eres tú el más beneficiado.

Nuevamente prorrumpió en estentóreas carcajadas. Reía con tanta fuerza que sus ojos se llenaban con lágrimas. Aguirre, fuera de sí, arrojó con rabia el corto machete contra el loco, sin lograr que el arma llegara al objetivo deseado, pues fue a estrellarse contra la piedra, en la que rebotó, cayendo de nuevo a la arena.

—¡Puedes soltar tus monstruos, maldito loco!—vociferó Aguirre.

—¡No será preciso esperar demasiado — contestó Baeren sin cesar de reír—, ahí están!

El norteamericano se volvió con presteza. Casi en el mismo instante se mezclaron el desgarrado grito de Kira y el desagradable berrido que Aguirre de sobra conocía. Con gran angustia descubrió que Kira se hallaba a merced de uno de aquellos repugnantes pulpos y otra fiera de imponente aspecto que el terrestre desconocía. Su aspecto recordaba remotamente al elefante terrestre, aunque de menor volumen, si bien su apariencia era mucho más terrorífica, pues eran seis sus extremidades e iba armado de un afilado colmillo que se proyectaba amenazadoramente hacia el frente, teniendo protegido su poderoso lomo por una coraza córnea erizada de peligrosas púas.

Ambas bestias parecían disputarse la fácil presa. Aguirre corrió desesperadamente en ayuda de Kira Tenía en su poder la pistola automática de Croone,pero no sabía hasta qué punto podía serle útil, sin embargo la empuñó dispuesto a todo. Kira, enloquecida por el espanto no acertaba a moverse del sitio en que se hallaba.

El unicornio trompeteó furiosamente y acometió al pulpo, pero éste esquivó la embestida con insospechada agilidad, al tiempo que saltaba sobre su enemigo. Sus tentáculos abarcaron por entero toda la presa. Aquella especie de tapir hexápodo supo desprenderse hábilmente del peligroso abrazo por medio de una violenta sacudida que lanzó al pulpo a varios metros de distancia.

Aguirre llegó junto a Kira en este preciso instante, cuando la bestia se disponía a atacar, ahora, a la aterrorizada rusa. Aguirre montó la pistola y se dispuso a hacer frente a la espantosa acometida de la ñera. Era difícil que una simple bala pudiera frenarla en plena carrera.

Providencialmente, el pulpo volvió a la carga, enlazando con sus tentáculos las patas anteriores del tapir unicornio. Ambos rodaron por el suelo en compacto amasijo. El irritado trompeteo del tapir dominó el resto de los ruidos. Durante unos segundos se agitaron violentamente ante los estupefactos ojos de los dos terrestres, incapaces de sustraerse a la brutal belleza de aquella lucha por la vida. Era imposible predecir cuál de las bestias resultaría triunfante de esta nueva acometida que, decididamente, sería la última.

Aguirre pareció recobrar la lucidez. Tomó por el brazo a Kira y tiró de ella.

—¡Vamos! —le advirtió.—. Debemos intentar todo lo humanamente posible para escapar de aquí.

Corrieron hacia la puerta protegida por barrotes que era la salida más próxima. Kira no preguntó cómo podrían salir de allí, ni Aguirre hubiera podido responder satisfactoriamente. Pero si algunaoportunidad había de seguir viviendo era la de escapar del anfiteatro. Era tan difícil que pudieran salir de él, como, de conseguirlo, huir de la ciudad. Pero Aguirre no quería pensar en ello. Tenía una pistola en la mano y quizá pudiera destrozar la cerradura de la verja y franquearla. Era una esperanza y a ella se aferraba con todas sus fuerzas. Esperaba que la sorpresa les ayudara poderosamente. Precisamente en lo descabellado del plan estribaba el problemático éxito.

Jadeando se detuvieron ante la reja. Tras ella no había nadie. Aguirre disparó contra la cerradura. El tiro fue afortunado, otro más y aquella puerta dejaría de ser un obstáculo. Pero entonces una larga sombra se proyectó sobre la pareja. Kira dejó escapar un grito a sus espaldas y el propio Aguirre recibió un contundente golpe en la cabeza que le derribó en el suelo.

Pese al atontamiento, el joven comprendió lo que había sucedido.

¡El pulpo, vencedor de su enemigo, les atacaba!

El piloto se aferró con la mano izquierda a uno de los barrotes en el preciso instante en que otro tentáculo se le enroscaba al cuerpo. Soportó el violento tirón, sintiendo que sus huesos se descoyuntaban por la terrible fuerza que tiraba de él. Kira permanecía en el suelo, presa también por varios tentáculos. Los ojos inyectados en sangre del monstruo le contemplaron fijamente y la asquerosa boca armada de afilados dientes se abrió descomunalmente.

Aguirre disparó a quemarropa contra los ojos. Hasta cinco veces oprimió el gatillo. Inmediatamente después cesó la terrible fuerza del pulpo y el Mayor se vio libre de todo obstáculo. Velozmente hizo un nuevo disparo contra la cerradura, que saltó completamente destrozada.

Ayudó a Kira a incorporarse y ambos penetraron en el túnel. Estaba desierto. El piloto trató de orientarse para llegar lo antes posible a la salida, pero pronto hubo de convencerse de que había olvidado el camino. En un corredor inmediato se escuchó el rumor producido por un tropel de gente que corría. Ambos jóvenes se apretaron contra la pared y Aguirre preparó su pistola. Comenzaba ahora la caza, quizá más cruel que la lucha contra los monstruos. En la pistola debían quedar a lo sumo dos cartuchos y aún era posible que estuviera ya descargada, pero el muchacho no quiso comprobarlo. Los que les buscaban estaban ya muy cerca. En aquel momento alguien susurró:

—¡Por aquí!

La sorpresa de los fugitivos no tuvo límites. Se revolvieron como mordidos por algún reptil venenoso, y se hallaron frente a Fritz Baum. Éste les hizo un imperioso ademán y ambos le siguieron. No había duda respecto a la amistosa, actitud del alemán.

Guiados por él llegaron rápidamente hasta una disimulada portezuela por la que se introdujeron. Frizt Baum se apresuró a cerrarla tras de sí.

—¡Gracias! —exclamó Aguirre.

—No hay tiempo para expresar sentimientos— dijo el providencial salvador—. Escúchenme bien. Ustedes van a quedarse aquí hasta que yo regrese. No les importe el tiempo que transcurra. Voy a intentar que crean que ustedes han logrado escapar del anfiteatro. Puedo tardar muchas horas en volver, pero les repito que no desesperen. Si tardara mucho les enviaría comida.

Nuevamente volvió a abrir la portezuela y se asomó al exterior con toda clase de precauciones. Hizo una última seña para indicar a Aguirre que cerrara por dentro, y desapareció. El norteamericanose apresuró a cumplir la tácita orden y se reunió con Kira.

—¿Qué opinas de la actitud de ese hombre?— preguntó la joven.

Al piloto le agradó el tuteo. Hasta entonces no había considerado la posibilidad de enamorarse de la joven, pero empezaba a comprender que tal consideración era digna de tenerla bien presente.

—Estoy convencido de que trata de salvarnos—respondió—. Sería descabellado pensar otra cosa distinta. Pudo matarme o reducimos, puesto que iba armado, pero no lo ha hecho. Además, no creo que simpatice exageradamente con el loco.

Dicho esto, se aproximó a la puerta y pegó a ella el oído.

—No se escucha ningún ruido. Deben de estar buscándonos por otro lado. Examinemos esto.

La estancia en que se hallaban era muy reducida, pero había una escalera de piedra que conducía a algún lado. Ascendieron por ella y se hallaron en otra dependencia completamente desnuda de muebles, como la que acababan de dejar, pero en ella había varias troneras por una de las cuales se asomó Aguirre.

—Desde aquí se ve la ciudad — anunció a su compañera.

Al fondo había una puertecilla cuyo mecanismo de apertura resultaba algo complicado para los terrestres, pero después de un laborioso forcejeo cedió a sus deseos. Se vieron de repente, en el interior de un verdadero arsenal de armas ligeras. Eran modelos desconocidos para el norteamericano, que las examinó curiosamente. Lo que más le extrañó fue no hallar munición para tales armas, siendo lo lógico que abundaran, dada la ingente cantidad de armas almacenadas.

Regresaron a la sala inmediata. Desde ella contemplaron lo que

ocurría en la ciudad. Constantemente veían grupos armados que pasaban en todas direcciones. Pronto perdió interés para ellos la contemplación y se prepararon para la espera.

Baum había previsto su tardanza, pero la espera rebasó todos los amplios cálculos hechos por ambos jóvenes.

Al fin, unos discretos golpes dados en la puerta alertaron a Aguirre, que se puso en pie y comprobó si su pistola estaba cargada. Quedaba un sólo cartucho. Soltó el cerrojo y saltó a un lado. En el vano apareció Baum. Y fue la primera vez que le veían sonreír.

—Deseche sus precauciones — dijo—. Todo ha salido bien — sin embargo cerró la puerta con prontitud.

—¿Qué es lo que ha salido bien?— preguntó Aguirre, interesado.

—El simulacro de fuga. A estas horas les están buscando un ejército de selenitas.

—Con tal de que no nos encuentren...

—En ello he puesto mi mayor empeño — se apresuró a decir Baum—. Sería catastrófico que Baeren descubriera antes de tiempo que he sido yo quien les ha ayudado.

—Bien, Baum —dijo Aguirre—.Nuestro agradecimiento hacia usted es enorme, pero también lo es la curiosidad que sentimos por saber qué le impulsó a prestarnos ayuda.

El alemán no respondió inmediatamente. Antes de hacerlo, fue a sentarse en los primeros tramos de la escalera de piedra.

—No puedo decir cuál fue el verdadero sentimiento que me impelió a tomar tal determinación. Quizá haya sido por egoísmo.

—¿Egoísmo?

—Sí; no he sido demasiado generoso al salvarlesla vida. Quiero decir que vivos eran mucho más útiles para mí.

Aguirre le miró de modo extraño. Hubiera resultado divertido que aquél también fuera un loco ambicioso.

—Explíquese mejor—pidió.

—Lo haré. No comparto las ideas y planes de Baeren; sé que es un demente peligroso y no quiero secundar sus deseos. Mi plan consiste en desbaratar los de él y destruirlo, único modo de evitar que

desencadene una terrible guerra contra la Tierra.

—Pero ¿es cierto eso? Lo de invadir nuestro planeta, quiero decir.

Baum asintió en silencio.

—Baeren puede hacerlo de un momento a otro.

—¿Es verdad que Baeren cuenta con el apoyo de los marcianos?

El alemán rio de buena gana.

—No; no lo es. Cierto que Baeren pretende lograr un entendimiento con los posibles habitantes de Marte. Pero eso no pasa de ser una quimera de loco, ya que ni siquiera tenemos la más remota idea de que los haya en aquel planeta.

—Entonces, ¿cuáles son los medios de que dispone Baeren?

—Pocos, pero terribles. En la actualidad posee una flota de doscientas astronaves con las que llegar a la Tierra e invadirla.

—¿Con sólo doscientas naves se atreve ese loco a desafiar a nuestro planeta? No llegará demasiado lejos.

—No llegará si lo impedimos nosotros. Ya le dije que sus efectivos son limitados, pero terriblemente eficaces. Actualmente, y en un momento dado puede destruir totalmente cualquier ciudad de la Tierra, dentro de la mayor impunidad.

—¿Qué quiere decir?

—Es muy sencillo.Del mismo modo que ustedes llegaron hasta la Luna, podemos nosotros enviar desde aquí varios proyectiles atómicos. Ya sé que tal energía es conocida en la Tierra, pero nosotros hemos llegado a dominarla de tal modo que le asombraría. Y no sólo eso, muchas y poderosas armas posee Baeren, que le darían un triunfo total y fulminante si lleva adelante su plan.

—Empiezo a comprender. Según usted, Baeren, llegado el momento de la invasión, asolaría a las naciones más poderosas, por medio de sus cohetes dirigidos. Luego sus naves desembarcarían a un contingente de selenitas que establecerían lo que pudiéramos llamar una cabeza de puente.

—Exacto. Bastarían varios viajes del total de la flota de astronaves para que en la Tierra hubiera selenitas suficientes para dominarla. Si le digo que cada una de las astronaves puede transportar hasta cíen

soldados, fácilmente puede comprender que muy poco tiempo tendría que transcurrir para que Baeren contara con un formidable ejército que técnicamente sería infinitamente superior a los más poderosos de nuestro planeta.

—Bien; sepamos ahora con qué cuenta usted para desbaratar los planes de ese loco. Y qué es loque espera de nosotros. Tres somos pocos para derrotar a Baeren. ¿Qué intenta? ¿Apoderarse de él por sorpresa?

—Algo parecido. Pero no somos tres. Pienso rescatar a sus amigos y cuento con selenitas que están decididos a secundarme.

—Tenía entendido que los indígenas no son belicosos.

—Así es, pero Baeren ha logrado imbuirles la idea de la conquista de la Tierra. No necesitaré explicarle el efecto que tal promesa ha causado a algunos caciques selenitas, deseosos de poderío y gloria. También los hay que no desean esa horrible guerra interplanetaria, y son mis amigos. Con ellos cuento para derrotar a Baeren. Muchos de ustedes son militares y pueden ayudarme a organizar a estos aliados míos, la mayoría de los cuales no están adiestrados para el combate. ¿Quieren ayudarme?

—No se me ocurre qué pueda decirle para convencerle de lo contrario—dijo—. No me seduce el papel de tirano. Si pensara como Baeren, no necesitaría arriesgar tanto. Gozo de gran poderío aquí en la Luna, y el mero hecho de ser de los suyos basta, pero lo que realmente quiero es evitar la catástrofe. Únicamente puedo pedirle que confíe en mí.

—Creo que no nos queda más remedio que aceptar.

Baum se encogió de hombros.

—Voy a Intentar sacarles de aquí—dijo el alemán, sin añadir comentarlo alguno.

CAPÍTULO IX



RITZ BAUM desapareció por la misma puerta y algún tiempo después regresó acompañado por varios selenitas. En el interior de un vehículo abandonaron el Estadio de los Monstruos y cruzaron la ciudad hasta detenerse en un extremo. Del vehículo pasaron a una construcción cilíndrica, metálica en casi su totalidad.

—Esta es mi casa — explicó Baum —. Aquí están fuera de peligro por el momento.

A continuación presentó a algunos selenitas que eran sus aliados. Pocos de ellos hablaban el alemán, al resto era imposible comprenderlos.

—¿Cuánto tiempo vamos a permanecer aquí? — preguntó Aguirre.

—Eso es difícil pronosticarlo — repuso Baum—. Esta misma noche vamos a intentar el rescate de los prisioneros terrestres.

—¿No será eso demasiado arriesgado?

—Tal vez, pero conozco a Baeren y mucho me temo que los asesinara tan pronto tuviera noticia de la revuelta.

—Pero, ¿no equivaldrá a descubrir nuestras cartas? Sería mucho mejor que usted continuara en la sombra.

—En efecto, más no hay alternativa. Además, todo está previsto y preparado.

—Se me ocurre que yo mismo podría intentar el rescate de mis

amigos. Con la ayuda de varios selenitas…

—No podría conseguirlo nunca. Por otra parte, también Baeren comprendería de ese modo que alguien conspiraba contra él en la sombra. No estará todo preparado para escapar tan pronto como podamos rescatar a los prisioneros. Huiremos a Roona, la ciudad en la que nació con mayor fuerza el ansia de rebelión, y una de las más importantes de la Luna, así como verdadero arsenal de Baeren,que con tal pérdida verá muy mermadas sus fuerzas.

—Creo que sería mucho más práctico y contundente marchar contra el palacio del propio Baeren y reducirlo por sorpresa. No creo que fuera demasiado difícil.

—Lo intentaría si fuera factible, pero no lo es.Y nadie mejor que yo para comprenderlo. Baerenhuiría con su séquito mucho antes de que pudiéramos llegar hasta él. Está decidido.

Ni Aguirre ni Kira volvieron a ver a Baum después que éste se hubo marchado tres horas después.

—Voy a rescatar a sus amigos — dijo—. Ustedes estén preparados, porque en cualquier momento puedo regresar para llevarles conmigo. Lo tengo preparado todo. Mi plan es metódico y cuidado hasta el menor detalle. Un platillo volador está preparado en la terraza de esta casa para el caso de que tuviéramos que abandonarla precipitadamente.

—¿Y nuestros amigos?—preguntó Aguirre.

—Ellos serán llevados directamente a Roona — respondió Baum —. Ahora, ¡hasta luego!

Nuevamente quedaron solos. Esta vez con la ansiedad de lo desconocido, de lo que sabían habría de ocurrir en cierto punto de la ciudad selenita. Si Baum fracasaba, todo estaría perdido. No sólo sus vidas, sino lo más terrible: el destino de la Tierra.

Aproximadamente una después apareció Baum, acompañado de otros selenitas.

— ¡Pronto! — apremió —. ¡No hay tiempo que perder! ¡Al ascensor!

Ambos jóvenes siguieron al alemán.

—¿Qué ha sucedido? ¿Consiguió su objetivo? — preguntó Aguirre, mientras corrían.

—Completamente. Todo salió bien, pero no como estaba previsto. Algo falló a última hora y precipitó los acontecimientos.

—Pero, ¿y los prisioneros?

—Camino de Roona. No se preocupe por ellos. Somos nosotros los que corremos peligro ahora. Ya la explicaré.

Alcanzaron prontamente el ascensor, y aunque no capaz para todos, se apretujaron en su interior y el artefacto ascendió velozmente. El ocupar la aeronave circular y despegar de la terraza fue una maniobra rapidísima. En un abrir y cerrar de ojos las luces de la ciudad parecieron hundirse en la noche, no tardando en quedar tan atrás que pronto no pudieron verse.

—¿Qué ha sucedido?—volvió a preguntar Aguirre.

—Nada demasiado grave ya, pero pudo haberlo sido. No hay demasiado que contar. A última hora uno de nosotros nos traicionó y la guardia que custodia el edificio donde tenían a los prisioneros cayó sobre nosotros: Mi presencia desconcertó al oficial del retén y gracias a ello pudimos actuar por sorpresa, pero a estas horas Baeren sabe que le he traicionado.

—Saldrán en nuestra busca — dijo Kira.

—Sí, es posible — admitió Baum—.Mas ya no Importa; no podrá alcanzarnos. No sabe a dónde nos dirigimos.

Pese a la formidable velocidad que desarrollaba la aeronave, y a las palabras del alemán, que afirmaba que no era mucha la distancia hasta Roona, el viaje se prolongó durante varias horas.

Al fin tomaron tierra, siendo rodeados por sus amigos. Baum se les aproximó.

—Ha llegado el momento de iniciar la lucha contra Baeren— dijo —. No obligo a nadie—al llegar a este punto miró significativamente a Aguirre—. Sicreen que únicamente pienso reemplazar a Baeren, ahora mismo puedo llevarles hasta la astronave de ustedes. Está en esta misma ciudad.

—¿Aquí?

—En efecto. Baeren ordenó que la trasladasen a Roona, pues deseaba que los técnicos la estudiasen a fondo, a fin de adoptar cualquier mejora que en ella pudieran hallar.

—¿Cómo lograron realizar ese trabajo en tan corto espacio de tiempo? — preguntó Aguirre.

—No fue tarea sencilla. Cinco aerorremolcadores de gran potencia tuvieron que intervenir en la delicada labor. Pero esto no importa gran cosa; pueden partir hacia la Tierra tan pronto como quieran. No les pondré el menor impedimento. Pero sepan que, si tal hacen, dejan tras ustedes la incógnita del destino de nuestro planeta, que únicamente-depende del resultado de la batalla que inminentemente he de reñir con Baeren.

Dicho esto, paseó su mirada por los rostros de los prisioneros recién liberados.

—Yo estoy con usted — dijo Aguirre—. No puedo obligar a mis hombres, pero creo que compartirán mi modo de pensar.

Maston se apresuró a decir:

—Yo, al menos, sí.

Aguirre miró a Lindberg, quien asintió con la cabeza.

—Por primera vez estoy de acuerdo con el doctorMaston— dijo.

Saunders hizo una mueca que le era característica, y que tenía la virtud de hacer que sus ojos casi desaparecieran entre un mar de pecas. Esto significaba que sonreía.

—No creo que Croone y yo llegáramos demasiado lejos en el «Silver Star». Creo que me quedaré con ustedes.

—Por mi parte, pocas emociones me quedan ya que poder experimentar. Voy a aprovecharme cuanto pueda. Cuenten con mi poca valiosa ayuda. Cuando menos, les aguardaré hasta que ustedes acaben.

Aguirre volvió la mirada hacía Kira. No fue necesario que le preguntara.

—Baum puede disponer de todos nosotros—dijo la muchacha—. Creo que el asunto nos concierne a todos.

Fritz Baum se mostró entusiasmado. Minutosmás tarde estaban todos reunidos en una pequeña asamblea, en la que participaban algunos selenitas principales.

Baum era un militar nato. Brevemente expuso a sus amigos el

plan que había concebido para un ataque relámpago a la capital Central de la Luna. Suponía con fundamento que Baeren no rehuiría la lucha, pues poseía efectivos suficientes para repeler el ataque, aunque Baum opinaba que un ataque arrollador lesdaría la victoria fulminante. Pero para lograr esto sería preciso actuar con toda rapidez, sin dar tiempo a una organización por parte de Baeren, quien, si se le daba lugar para ello, podría disponer prontamente de refuerzos procedentes de otras guarniciones. Por otra parte, Baum contaba con la pasividad de los selenitas a las órdenes del loco, que gozaba de pocas simpatías.

Urgentemente se organizó el mando del ejército rebelde. Aguirre recibió el mando táctico de la flota aérea, secundado por la propia Kira. Baum ostentaría el mando supremo, teniendo a sus órdenes la infantería y las unidades blindadas de vanguardia. Dividieron el efectivo humano en varias secciones, cada una de las cuales recibió el mando combinado de un terrestre y un selenita.

A la mañana siguiente una formidable flota aérea despegó de Roona con destino a la capital Central. Su objeto era bombardear la ciudad y realizar un complejo trabajo de observación. El propio Aguirre la comandaba.

Mientras tanto, todas las fuerzas abandonaron Roona con el mismo, objetivo que las aeronaves. Nuevos contingentes engrosaron el ejército rebelde, a medida que éste avanzaba hacia la capital de la Luna.

Realizado el bombardeo, Aguirre y Baum se reunieron en Roona.

—¿Qué Impresiones ha recogido? — preguntó el alemán.

—No demasiado halagüeñas. Baeren está pertrechado y la ciudad bien defendida por eficaz defensa antiaérea. Sus proyectiles dirigidos nos dieron más trabajo del previsto, y he visto a los tripulantes de mi propia aeronave trabajar como locos para evitar que esos peligrosos abejorros nos destruyeran. En cambio, Baeren no dispone de efectivos para replicar a nuestro ataque por tierra. A lo sumo puede resistir un pequeño asedio, pero la victoria seránuestra, siempre que ese loco no pueda disponer de nuevas fuerzas.

—Nuestros blindados estarán allí mañana mismo— dijo Baum—. Y la infantería al anochecer del mismo día. En las últimas horas de esa misma noche iniciaremos el asalto.

* * *

La aeronave de Aguirre experimentó una formidable sacudida; el artillero de a bordo había logrado desesperadamente hacer estallar un proyectil dirigido que les estaba acosando desde hacía unos minutos. Pero la explosión se produjo a tan corta distancia de la aeronave, que ésta no pudo sustraerse a los efectos de la onda expansiva.

A los peligrosos cohetes de tierra a aire con que los sitiados atacaban a las aeronaves enemigas había que anularlos disparando desde estas otros proyectiles menores, que buscaban al temido torpedo aéreo.

El mayor Aguirre dirigió una animosa sonrisa a Kira.

—Hemos tenido suerte también esta vez — comentó.

La muchacha asintió en silencio,

—Mira — volvió a decir el piloto—. Los blindados de Baum han roto las defensas del enemigo por la parte norte de la ciudad. Lindberg debe de estar haciendo de las suyas por ahí abajo. Él es quien dirige el ataque por ese lado. — Se volvió para dirigirse a Saunders, cuyo pecoso rostro desaparecía casi por completo bajo un complejo casco de telefonía múltiple—. Lemmy, comunica a Baum que Tominy ha destrozado la resistencia del enemigo y está penetrando en el interior de la ciudad. Necesitará refuerzos.

En aquel instante, Kira lanzó un grito de advertencia.

— ¡Observa eso, Carlos!

—¿Qué sucede?

—Mira; tu amigo ha caído en una encerrona. El enemigo se ha replegado hacia el interior, para formar una «bolsa» en la que necesariamente caerá Lindberg.

En efecto, los selenitas adictos a Baeren habían cedido terreno a los blindados, sin otro fin que el de obligar a que éstos desembocaran en cierto lugar de la ciudad donde estaban emplazadas varias baterías de artillería móvil. Al mismo tiempo reforzaron los flancos con la manifiesta intención de «estrangular» la «bolsa».

Los panzudos carros de combate avanzaban confiados hacia la mortal trampa, ignorantes de la suerte que les aguardaba.

— ¡Pronto, Lemmy!—gritó Aguirre—. ¡Advierte a Lindberg de que no puede seguir avanzando! ¡Les han preparado un cepo! ¡Ordénale la retirada!

Transcurrieron algunos segundos, tiempo que Saunders invirtió en transmitir el urgente mensaje. Una nueva sacudida de la aeronave indicó que el artillero había logrado en el último instante deshacerse de otro proyectil.

—Demasiado tarde — dijo Saunders—. Tommy dice que no seguirá adelante, pero que le es imposible retroceder. El enemigo ha comenzado a hostigarlo a retaguardia.

—Comunica a Baum cuál es la situación de Tommy— repuso Aguirre, fuera de si—. Es preciso que le saquen de ese atolladero.

Inmediatamente se volvió al general selenita que le auxiliaba.

—Ordene a sus hombres que bombardeen esas baterías, hasta destrozarlas. Que todas las aeronaves se concentren aquí.

—Eso es imposible — respondió el selenita—. Hay otros objetivos que cubrir. Por otra parte, concentrar todas las aeronaves equivaldría a un suicidio. Constituirían un fácil blanco para los cohetes dirigidos.

Aguirre iba a responder en tono desabrido, cuando Saunders gritó excitado:

— ¡Atención! ¡Una formación de aeronaves enemigas se acerca en auxilio de Baeren!

— ¡Maldición!—rugió Aguirre—. ¡Esto desbarata todos nuestros planes, a menos que Baum logre forzar el cerco y entrar en la ciudad!

La aeronave cesó de trazar círculos sobre el lugar en que habían quedado estancados los blindados de Lindberg y enfiló hacia las aeronaves enemigas.

Pero sucedió algo imprevisto. Un horrísono estampido y una sacudida mayor que las anteriores conmovió al vehículo aéreo, derribando a todos sus ocupantes, excepto al piloto. Inmediatamente comenzó a perder altura. Su tripulante luchaba desesperadamente con los mandos, tratando, sin duda, de evitar la colisión. A pesar de ello no pudo evitar la colisión, aunque sí aminorarla.

Afortunadamente nadie se hirió. Aguirre trató de hacerse cargo de la situación desde el primermomento. Ésta, desde luego, no era excesivamente cómoda. Estaban en plena ciudad enemiga y pronto los soldados acudirían al lugar del siniestro.

—¡Abandonemos cuanto antes la aeronave y busquemos protección en alguna casa!

Saltaron al suelo con suma rapidez los ocho ocupantes de la destrozada aeronave. Estaban en el centro de una amplia calle, que aparecía desierta, aunque algunos selenitas atisbaban desde las ventanas desus viviendas. Pero por el momento nadie les importunó: los soldados estaban defendiendo la ciudad del ataque de los rebeldes.

Todos iban armados con los cortos fusiles selenitas de carga concentrada, capaz de hacer hasta cien disparos, sin necesidad de reponer la munición.

Corrieron durante un trecho, sin hallar donde cobijarse. Únicamente los selenitas podían indicarles algún camino a seguir, pero la dificultad del idioma impedía a Aguirre tomar cualquier determinación. El fragor de la terrible batalla llenaba todos los ámbitos de la ciudad.

De súbito se hallaron en una plaza cercada por poderosos cañones de tiro horizontal. Aguirre y los suyos habían llegado por detrás de los servidores de las piezas, y ello evitó que les descubrieran, pero de cualquier modo no hubieran sido descubiertos, porque los cañones sostenían un violento duelo con los blindados rebeldes. Los pesados vehículos, grotescos como gigantescas tortugas metálicas, disparaban furiosamente contra los cañones colocados tan estratégicamente que llegaban a constituir un mortal cepo. De la efectividad de los mismos daba fe el gran número de carros destrozados.

La mayoría de los rebeldes, convencidos de la inutilidad de proseguir aquel duelo suicida, abandonaban los blindados y trataban de abrirse paso con las armas cortas. Aguirre descubrió inmediatamente al gigantesco Lindberg, que luchaba como un tigre. Él y sus hombres avanzaban desesperadamente hacia una brecha constituida por dos cañones destrozados. Si lograban llegar hasta allí lograrían escapar de la horrible matanza.

Aguirre no necesitó explicar a sus amigos lo que se proponía hacer; bastó una seña para que todos fueran tras de él al encuentro de Lindberg y de los selenitas que le acompañaban.

Tomando posiciones en los retorcidos restos de los destruidos cañones, cubrieron con el fuego de sus armas a los que avanzaban. La inesperada ayuda pareció infundir ánimos en éstos y sembró el desconcierto entre los servidores de las piezas enemigas, que ocupados en el funcionamiento de las baterías, poca atención podían dedicar a aquel pequeño grupo de intrusos. Todo esto contribuyó a que ambas facciones se fusionaran prontamente y emprendieran la huida hacia el centro de la ciudad.

De momento nadie les persiguió. Lindberg no acertaba a expresar su sorpresa por la inesperada presencia de Aguirre en aquel punto de la ciudad. Mas éste se apresuró a explicarle lo sucedido mientras corrían sin rumbo fijo. En el cielo, las naves rebeldes reñían una desesperada batalla con los refuerzos aéreos que acudían en socorro de Baeren. El nuevo grupo se componía ahora de más de treinta individuos. En aquellas condiciones era imposible que pasaran desapercibidos. Pronto una partida de soldados selenitas apareció ante ellos. Se entabló un encarnizado combate. Pero no duró demasiado y los rebeldes se dieron a la fuga después de diezmar a sus enemigos, que no se atrevieron a perseguirles. Siempre corriendo, en una fuga que parecía había de ser eterna, desembocaron en una gigantesca plaza, al otro extremo de la cual se alzaba el Estadio de los Monstruos, que Aguirre recordaba bien. Milagrosamente no fueron descubiertos por una patrulla motorizada que parecía vigilar el otro extremo de la plaza. Aguirre recordó el refugio en que habían permanecido Kira y él cuando tan oportunamente les salvó Baum. Aquello no era una solución, pero podía constituir un respiro, un descanso.

Para llegar hasta el Estadio era preciso dar un gran, rodeo y el grupo debía descongestionarse para no llamar la atención. Los selenitas no llamaban la atención, mas sí los terrestres, cuyos trajes especiales de navegación interastral les hacía inconfundibles. Por tanto, fueron éstos quienes iniciaron la marcha para llegar cuanto antes al escondite.

La puerta ante la que se detuvieron estaba cerrada, pero esto no era demasiado obstáculo. Los disparos de las armas selenitas no eran excesivamente ruidosos. Uno sólo bastó para que la puerta cediera a los deseos de los fugitivos. Los corredores interiores estaban desiertos. Aguirre, Lindberg, Kira, Saunders y el general selenita, llamado Leg, fueron los primeros en entrar. Uno a uno fueron atravesando el espacio abierto de la plaza, hasta cuatro selenitas más. El quinto ya no tuvo tanta suerte; una patrulla enemiga pareció brotar del suelo. La lucha entre ellos y los rebeldes no se hizo esperar y éstos optaron por renunciar al cobijo del Estadio y se retiraron de nuevo hacia el centro de la ciudad. Aguirre, visto el cariz que tomaban los acontecimientos, se apresuró a entornar la puerta.

—Vamos antes de que sea tarde—dijo—. Es probable que descubran que hemos penetrado aquí. Para entonces debemos estar en el refugio que Kira y yo conocemos.

Encontrar el escondrijo les llevó más tiempo del que Aguirre había supuesto. La disimulada puertecilla apareció al fin, y Aguirre

pulsó el resorte que Baum utilizara en aquella ocasión. Una vez dentrose apresuró a cerrar. La angustura de la estanciano fue óbice para que todos sin excepción se dejaran caer, vencidos por la fatiga. Transcurrido algún tiempo, subieron la escalera de piedra y pasaron hasta el arsenal, donde repusieron las cargas de sus armas. Ahora comprendió Aguirre por qué la vez anterior no descubrió las municiones, pues al estar éstas en cargas ocupaban un volumen mínimo. A través de las troneras de la estancia inmediata llegaban los ecos de la batalla.

Pasaron unos momentos.

La atención de Aguirre se centró en la puerta del arsenal, que permanecía cerrada. La vez anterior su curiosidad no llegó más lejos. No había ningún mecanismo para abrirla desde aquel lado. Esto era lo que más extrañaba al norteamericano. Podía forzar la puertecilla que no parecía demasiado sólida, pero el desconocimiento de lo que pudiera haber al otro lado le detenía. Recomendó silencio a sus amigos, ante la posibilidad de que hubiera enemigos al otro lado. Tal idea distaba mucho de ser agradable. Aplicó el oído a la hoja de madera y escuchó algún tiempo. De pronto frunció el ceño. Con frenéticos ademanes indicó a los otros que salieran precipitadamente del arsenal, lo cual se apresuraron a hacer, pasando a la estancia inmediata. La puerta chirrió débilmente al abrirse y Aguirre tuvo el tiempo justo para ocultarse tras ella. Un grupo de varios hombres penetró en el arsenal. Hablaban alemán y Aguirre reconoció entre aquellas voces la de Baeren. Sus órdenes eran verdaderos aullidos.

La indecisión detuvo por algunos momentos al piloto. Pero al fin, uno de los alemanes, al agacharse para coger un arma, descubrió al intruso. Aguirre decidió entonces actuar con toda rapidez. Separó la puerta con el pie y el cañón de su armacubrió al enemigo antes que su descubridor, con la sorpresa, pudiera dar voz alguna.

— ¡Que nadie se mueva!—ordenó en su mejor alemán—. ¡Suelten las armas y no cometan ninguna locura, que puede ser la última — terminó con fiero ademán.

Cuatro eran los hombres que habían penetrado en la estancia, y Baeren uno de ellos. Ninguno acertó a hablar, pero los que no estaban encarados con él giraron rápidamente sobre sus talones. Al mismo tiempo irrumpieron en el arsenal Lindberg y los otros. Rápidamente Aguirre se asomó al otro lado de la puerta. Vio un corto pasillo, por el que avanzó con cautelosa rapidez, no tardando en llegar a otra pieza amueblada y ocupada por un hombre solo, que atendía a un aparato similar a una emisora de radio. Noparecía haberse enterado de lo que

sucedía a pocos metros de él. El americano llegó silenciosamente hasta, situarse a sus espaldas. Hundió el cañón del arma en las costillas del otro y le conminó a que se pusiera en pie, obligándole luego a caminar hacia el arsenal.

—¡No hay nadie más que éste — explicó Aguirre, cuando estuvo de nuevo con el resto.

—¿Qué hacemos con esta manada de lobos? — preguntó Lindberg.

—Tal vez este encuentro haya sido providencial— repuso Aguirre lentamente, como mesurando sus propias palabras—. ¿No opina de igual modo, Führer? — terminó dirigiéndose a Baeren.

Éste le obsequió con una furibunda mirada de desprecio.

—Si lo es — respondió con rabia —, en ningún caso para ustedes, que pronto van a pagar su estúpida osadía.

—Resulta confortante saber que ahora le tengo al alcance de mis manos — repuso Aguirre—. Sus bravatas no le sirven ya de nada. Su causa está perdida.

El loco rio a grandes carcajadas.

—¡Mi causa perdida! ¡Todos estáis locos! —decía con voz entrecortada—. ¡De todas partes llegan refuerzos y dices que mi causa está perdida! ¡La vuestra y la de ese perro traidor de Baum sí que está perdida!

—Te equivocas. Cuando esos refuerzos lleguen será demasiado tarde. Baum habrá ocupado la ciudad. Por otra parte, todos te odian y desean que tu tiránica opresión cese. Sólo un par de locos ambiciosos desean que continúes en el poder. Pero no por ti mismo, sino para usarte como trampolín de sus torpes aspiraciones. Tus mismos hombres te desprecian. Helos ahí; ninguno de ellos arriesgará, nada por ti.

—¡Eso no es cierto! —chilló el loco—. ¡Mis hombres me obedecen ciegamente!

—Veamos si es así... — inesperadamente el puño de Aguirre salió disparado contra Baeren, el cual rodó por el suelo—. Ninguno de ellos se ha movido para defenderte, Baeren — volvió a decir Aguirre con fiereza.

Se inclinó sobre el caído y lo alzó suficientemente para aplicarla

un corto gancho. Luego le abofeteó repetidas veces.

—¿Qué hacen tus hombres que no te ayudan?

—¡Basta! ¡Basta!—suplicó Baeren entre chillidos de terror.

—Lo haré si ordenas a tus hombres que cesen en la lucha.

— ¡¡Eso no lo haré jamás!!

En aquel instante sonó la explosión queda de un arma. Kira acababa de disparar en dirección al pasillo. Las miradas convergieron en aquel punto. En él, un viejo, que sostenía entre sus sarmentosasmanos un arma que ya jamás lograría disparar, resbalaba hacia el suelo, mostrando en su pecho la gran herida que la descarga de Kira le había producido.

—¡¡Schultz!!— lloriqueó Baeren, arrastrándose hacia él.

—Intentaba disparar sobre ti — explicó Kira.

Aguirre demostró su agradecimiento en una cálida mirada. Luego sujetó a Baeren de nuevo.

—¿Darás la orden de alto el fuego?

— ¡Haré lo que sea! ¡Ya no importa nada! ¡Pobre Schultz! —replicó entre sollozos el loco.

Era evidente que aquel hombre había ejercido un formidable influjo en la mente enferma del desdichado déspota.

Minutos más tarde la voz de Baeren ordenaba a sus soldados depusieran las armas. La emisora instalada al otro lado del pasillo extendió la orden a todos los sectores de la ciudad.

Inmediatamente después de esto, Aguirre se asomó a uno de los ventanales para observar lo que ocurría en el exterior. Gradualmente fueron cesando el eco de las explosiones y el rumor de la lucha. Por doquier pudo ver grupos de soldados selenitas que huían. La orden había surtido efecto, pero era aventurado abandonar aquel refugio hasta pasado algún tiempo, y sólo cuando tuvieran constancia de que Baum había ocupado la ciudad.

Aproximadamente media hora más tarde los primeros blindados irrumpieron en la gran plaza que se extendía frente al Estadio. Varios vehículos ligeros hicieron su aparición después, dirigiéndose en línea recta hacia allí. Algunas secciones de infantería tomaron posiciones

frente al edificio y un grupo numeroso penetró en el palacio. Instantes después el propio Baum irrumpía en la estancia, acompañado de varios oficiales. Su sorpresa fuegrande al descubrir allí a sus amigos. Pero la de Aguirre no resultó menor

—Jamás hubiera podido imaginar esto — dijo el alemán.

—Tampoco yo me explico cómo ha podido saber tan pronto que Baeren estaba aquí — dijo Aguirre.

—Es muy sencillo de explicar— respondió Baum con una sonrisa —. Ésta era la madriguera secreta de Baeren.

La sorpresa se retrató en el semblante de Aguirre.

—Y sabiéndolo, ¿por qué nos ocultó aquí el día que escapamos de los monstruos?

—También muy sencillo — repuso Baum, sin abandonar su sonrisa—. Era lógico que en este lugar fuera donde menos pensaran los oficiales de Baeren que podían estar ustedes escondidos.

En poder de los rebeldes la Ciudad Central, los escasos aliados de Baeren fueron reducidos en una lucha que apenas duró unos días. Normalizada la situación en la Luna, Baum organizó una Junta de selenitas ilustres que habrían de gobernar, en sustitución de Baeren, quien quedó a disposición de los médicos, siendo recluido en un sanatorio mental.

* * *

Un mes más tarde el «Silver Star» abandonaba la Luna, y Lemmy Saunders, reparada ya la importante avería de la radio, enviaba el primer mensaje a Cabo Cañaveral, anunciando el regreso.

Tan solos unas horas faltaban para que el «Silver Star» penetrara en la atmósfera de la Tierra. Kira, dulcemente colgada del brazo de Aguirre, contemplaba la achatada y vieja esfera.

—¿Qué sucederá ahora? — preguntó ella.

—A mi lado nada debes temer,

Suavemente tomó la barbilla femenina y depositó un cálido beso en los jugosos labios. Así les sorprendió Saunders cuando entró inopinadamente en la cámara. Llevaba un papel en la mano. Discretamente tosió para llamar la atención de los enamorados.

—¿Qué hay, Lemmy?

—Aquí tengo esta relación de los nombres de las personas que regresan con nosotros. Desearía que le echase un vistazo, antes de enviarla a Cabo Cañaveral.

Aguirre examinó la nota.

—Está bien. Puedes radiarla—dijo.

Ya se alejaba Saunders, cuando Aguirre le llamó de nuevo.

—Lemmy, añade lo siguiente: «Al general Hastings: Ruego resuelva trámites nacionalización comandante Kira Kriev.»

—De acuerdo.

Más Lemmy Saunders se mostró pródigo en las añadiduras, pues radió por su cuenta:

—«...nacionalización comandante Kira Kriev. Igualmente mi documentación, pues voy a casarme con dicho comandante. Firmado: Mayor Carlos Aguirre.»



ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

71.—Invasores de la Tierra. — *Johnny Garland*

72.—Extraños en la Luna. — *Eduardo Texeira*

73. — Un yanqui en la corte del rey Marciano — *LawSpace*

74. — El planeta perdido — *Louis G. Milk*

75.— El oro de las estrellas — *Clark Carrados*

76.—La guardia del tiempo—*Louis G. Milk*

77.— Vampiro estelar. — *H. S. Thels*

78.— Guerra telepática. — *Law Space*

79.—Laguerra de los asteroides — *Clark Carrados*

80. — Al final del cosmos —*Law Space*

81.— Satélite artificial — *Johnny Garland*

82.— Intriga en la galaxia — *Louis G. Milk*

83. — Ultrametrópolis — *Law Space*

84.—¡Mutaciones! — *H. S. Thels*

85. — Viaje al centro de Plutonia — *Clark Carrados*

86.— Persecución en la órbita — *H. S. Thels*

87.— El país de los «robots» — *Clark Carrados*

88.— Atentado en el tiempo — *Law Space*

89. — Pantanos de metal — *Clark Carrados*

90.— Operación Selene — *Sylvester Strange.*

91.— Los trabajos de Kabé— *Clark Carrados*

92.—Mundos silenciosos — *Johnny Garland*

93. — El zoo infinito — *Clark Carrados*

94. — Microcosmos — *Law Space*

95.— El trovador de la Galaxia. — *Clark Carrados*

96.— Andrómeda ataca. — *Clark Carrados*

97.— El hombre que nació mañana. — *JohnnyGarland*

98. — Objetivo: la Luna —*Fel Marty*

99. — Pacto en el gran canal. — *Clark Carrados.*

100.—Un mundo muerto — *Red Arthur*